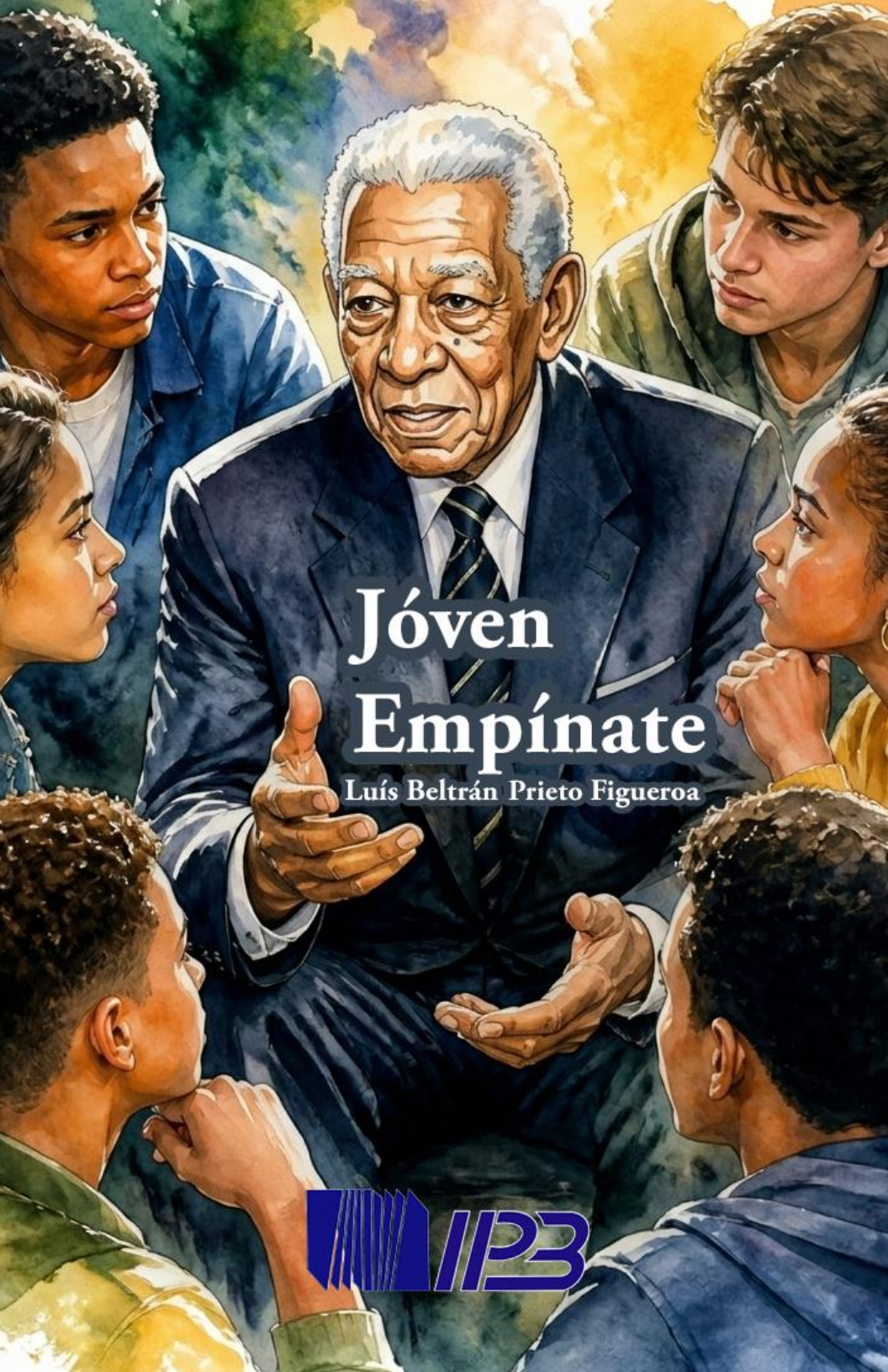




Jóven Empínate

Luís Beltrán Prieto Figueroa



"¡JOVEN, EMPÍNATE!"

Luis Beltrán Pietro Figueroa

Justificación del título

Ponemos en manos de los jóvenes este libro que contiene ideas y pensamientos que puedan ayudarles a encontrar el camino de su propia liberación y estímulo suficiente para el trabajo comprometido por la Venezuela del futuro.

El título del libro: "¡JOVEN, EMPÍNATE!" expresa el propósito de exaltación de la actividad juvenil para que, levantada por encima de las propias deficiencias, alcance un alto destino, incorporada a una patria que nos pide metas de superación permanente, crecimiento espiritual. En una asamblea popular celebrada en Caucagua, referí la anécdota de la madre del General Antonio Maceo, Libertador de Cuba. Esta gran mujer, cuando tuvo conocimiento de la muerte de dos hijos suyos, caídos en combate después del General Maceo, sobreponiéndose erguida a su propio dolor maternal se acercó a su hijo menor, único sobreviviente y poniéndole las manos en la cabeza le exhortó con estas palabras: "y tú, pequeño, empínate, para que vayas a defender la libertad de Cuba". Contada la anécdota, me dirigí a la fervorosa muchachada de la Caucagua barloventeña que voceaban sus consignas para decirles: EMPÍNENSE, JÓVENES, PARA QUE CONCURRAN AL TRABAJO DE CONSTRUCCIÓN DE UNA PATRIA NUEVA. Ahora bien, el "empinarse", que es incómoda posición del hombre colocado en la punta de los pies para alcanzar un transitorio objetivo, no es el que preside las ideas de este libro.

Por el contrario, tiene el sentido permanente de elevación de la montaña erguida y eterna, que

mira siempre hacia arriba o la del pino que dirige su aguja punzante hacia las nubes sin detener su crecimiento sino cuando el hacha implacable lo derriba para hacer de él material de construcción en el progreso de los pueblos.

Empinarse, levantarse, sobreponerse a la miseria humana, compensar con la actitud de elevación la rastrera posición de los que buscan en el suelo el fruto que ha caído, sin aventurar esfuerzos para alcanzarlo sobre las ramas, es comportamiento adecuado para gente idealista y por definición los jóvenes son un ideal proyectado al porvenir. Mi aspiración sería que este libro pudiese servir de algún modo para elevar la voluntad de las nuevas generaciones en el trabajo de construir la patria mejor.

Caracas, noviembre, 1967.

L.B.P.F.

Introducción

El mundo entero se conmueve frente a los problemas que confronta la capa juvenil que se incorpora a la vida, de una sociedad cuyos problemas son cada día más complicados y piden perentorias resoluciones. Los recién llegados piden un puesto bajo el sol porque necesitan vivir su vida, pero ese puesto está ocupado o sobre él se ciernen sombras que no protegen o cuya protección los jóvenes no aceptan. Se habla de una crisis. Sobre fórmulas viejas se pretende superponer distintos modos de interpretar la vida y nuevas maneras de entender el mundo, la protesta surge ruidosa y detonante porque los jóvenes no se conforman y porque quieren ser más que espectadores actores en el drama que tan de cerca les toca, porque son ellos los que sufren los contragolpes de la ola que viene y va y amenaza arrastrarlos en la resaca. Son ellos los que forman los ejércitos que mueren en los campos de batalla; son ellos los desocupados que no encuentran un lugar en el trabajo y son ellos, en fin, los que con angustia, frente a la incompreensión, piden una oportunidad para el servicio cuando se les ofrece solamente una para el sacrificio.

El problema de la juventud es, por tanto, álgido y permanente. No sólo en nuestro país, sino en el mundo entero. Se habla de desorientación de la juventud, del desconocimiento juvenil y de los desmanes que cometen los jóvenes. Algunos se fijan en los trajes ceñidos y en las camisas de colores detonantes, en el pelo largo y despeinado, en los zapatos crujientes o destrozados, en el andar descuidado, en los gritos sin sentido, en los abiertos silenciadores de automóviles y motocicletas que

meten ruidos en la ciudad, de las pandillas que se reúnen para planear sensacionales modos de hacerse notar o de expresarse dentro de un mundo que ignoran, sobre París cuna del escándalo largo, en Londres o en El 25 de Enero, la policía ensaya un método del corte al rape con la máquina despuntada, sin pensar que el cabello crece de nuevo, pero crece también junto con este el odio a la brutalidad del policía que esgrime la máquina y mutila la sociedad que se la puso en las manos.

Los problemas de la nueva generación son problemas permanentes de adaptación y cambio que obligan a captarlos para entender a los jóvenes y buscar un modo de orientarlos. Porque no todos es negativo ni todo puede ser aceptado como cosa de muchachos. No se puede decir como el filósofo chino Lin Yu Tan, cuando le pregunta por un Caracas a que causa atribuía que los jóvenes del mundo se pronuncien en forma intempestiva y destructora en todos los pueblos, que “si a los jóvenes se les invita a cantar un puente, son pocos los que se aprestan a esa tarea constructora, pero que si se les invita a destruir un puente son muchos los que contribuyen a derribarlo”. Explicaba luego que “las energías juveniles se dirigen generalmente al cambio de lo viejo destruyendo o inutilizándolo”. He sostenido que esa es una imagen deformada de lo que es y de lo que puede hacer la juventud. Esta destrucción en ella no se crea a las fuerzas de resistencia suficientes para conducir sus propias energías; cuando no tienen objetivos precisos. Pero la juventud es una fuente de renovación, una fuerza de creación si le enseñamos el camino y le damos tareas concretas para realizarlas.

En efecto, los jóvenes se expresan, con impacientes especialmente cuando no tienen responsabilidad y cuando cumplir ellos nos lleva a la necesidad de crear tareas en donde el joven pueda meter la mano con su ardoroso impulso para crear disciplinadamente en toda la República.

Es explicable que en los viejos países europeos de vida reglamentada, donde está hecho, la rebeldía juvenil se exprese en esa vida destructora. Tal el caso de los jóvenes mineros. O que se rebelen contra una disciplina regimentada desde arriba, donde todo está ordenado y sin cabida para las iniciativas, como acontece con los jóvenes rusos. Pero en países nuevos como los nuestros, que crece en la medida del desarrollo de su cultura y de las responsabilidades y eficiencia en el trabajo, los jóvenes constituyen un elemento fundamental de creación del mundo nuevo, donde cada cual ocupa el puesto que se hace a la medida de sus aspiraciones.

He hablado muchas veces de las tareas de la juventud. Estas deben ser tareas para ayudar al propio crecimiento, para estimular seguridad del joven, para crear destrezas y habilidades que contribuyan a destacar en el mundo donde viven. Son tareas en las cuales el joven también la gente adulta, el mejoramiento de las comunidades, la ayuda en los centros obreros y en las labores campesinas, donde los hábitos y una tradición de ineficiencia hacen improductiva la labor de los hombres curtidos sobre la tierra y que necesitan impulso juvenil, estímulo para entender lo que significa el abono, la semilla seleccionada, los pesticidas y herbicidas, lo que ahorra con el uso del tractor y de la cosechadora mecánica, pero sobre

todo lo que vale la casa arreglada y el trabajo metódico y las maneras de enfrentar a los especuladores, que compran barato al campesino el producto de sus cosechas para hacer ganancias excesivas al ofrecerlo a los consumidores de la ciudad. Ese campesino requiere de la ayuda de los estudiantes, de los que asisten a los centros de capacitación. Mediante esa ayuda pueden comprender ellos y los obreros el alcance de una vida mejor y el valor del propio esfuerzo para labrar el bienestar que se anticipa a la dádiva o a la ayuda que viene desde arriba.

Quiénes son jóvenes

Deliberadamente hemos querido comenzar esta introducción refiriéndonos al problema de los desajustes juveniles y a los creados por ellos. Pero se nos ocurre preguntar: ¿acaso no hay desajustes en el mundo de los adultos? ¿Acaso los desajustes juveniles no reflejan, en cierto modo, los problemas de una sociedad en donde los valores tradicionales, que servían para orientar la conducta de los hombres, perdieron su fuerza reguladora de la conducta humana, sin sustituirlos en las nuevas fórmulas propuestas? En la sociedad moderna el desajuste es general y los jóvenes son víctimas y muchas veces no podríamos decir con certeza si una forma de actuar es la auténtica juventud manera de comportamiento o reflexión de una conducta adulta preestablecida dentro de un medio en desarrollo, sin normas de contención y sin una orientación señalada en un marco de referencia que puedan ser seguidas por todos y en todas partes.

Estas reflexiones nos llevan a señalar, aun cuando pareciera obvio, qué debe entenderse por actitud juvenil y quiénes son jóvenes en el estricto sentido de la palabra. Pudiera intentarse una definición diciéndose que se es joven por el generoso impulso del corazón, por la desprendida forma de adhesión a la lucha por la justicia, por la renovada manera de entender la vida como proceso de creación para alcanzar metas altas de felicidad para los demás; se es joven cuando se tienen las manos abiertas para dar, cuando se ponen al servicio de los otros toda la voluntad, toda la inteligencia y cuando se es capaz de sacrificarlo todo por un ideal de redención humana. Ahora bien, en diferentes épocas de la vida pueden darse esas aptitudes. Por ello, marcar el límite de las edades ha sido para biólogos, sociólogos y filósofos una aventura que compromete investigación y pensamiento de todos los tiempos. Cada edad conserva rasgos de la anterior en sus manifestaciones. Nadie puede decir con certeza dónde termina una y comienza la otra. Pero la misma indefinición y confusión invita siempre a fijar plazos y fechas, como si la vida no fuese un constante renacer, una permanente invitación a la aventura.

Los sociólogos recurren a los términos de maduración o madurez y encuentran que ésta se produce en forma irregular y muchas veces independientemente de la edad. Unos maduran más pronto, otros más tardíamente y hay personas que se mantienen en un permanente estado de inmadurez. Generalmente se sostiene que la juventud termina a los veinticinco años, pero admitiendo un margen más o menos amplio para

señalar esta etapa de la vida. En realidad, el período de una generación dura más o menos quince años, es decir, de los quince a los treinta años. Ortega y Gasset habla de dos etapas fundamentales del hombre, que son, desde el nacimiento hasta los treinta años, en la cual el ser humano se ocupa de crecer, de ubicarse en el mundo. de dar sentido a la acción y al trabajo que realiza, en encontrar el camino que le corresponde dentro del mundo donde vive. La segunda es la etapa de creación entre los treinta y los sesenta años, cuando el hombre reacciona contra el medio, porque siente el deseo de crear cosas nuevas, de hacer su propio mundo, de realizarlo. Es la etapa creadora del hombre, cuando éste camina con sus grandes ideales a cuestas. Pero al mismo tiempo que este hombre vive sus ideales, detrás viene otra generación: la de los treinta años que quiere destruir el mundo. En una misma época viven confundidas varias generaciones. Por ello hay un comenzar constante de la humanidad y de la sociedad. Una generación hace una cosa y otra quiere deshacerla para crear la propia. ¿Es favorable o desfavorable que cada generación de hombres quiera novedades y destruir lo que los otros hicieron? A simple vista la respuesta es negativa, pero en realidad tal actitud es saludable. ¿Por qué? Porque sin ese afán renovador no habría progreso. Los hombres que hacen un mundo creen que es el mejor posible y después se dedican a conservarlo. Ahora, lo grave está en que la generación que viene quiere destruirlo todo, bueno o malo. Así como no se puede mover el mundo sin un punto de apoyo para una palanca, tampoco la generación nueva puede transformar el mundo que

encuentra hecho sin apoyar en éste su palanca de progreso. En el trabajo que aparece en este libro con el título "Ideales y deberes juveniles", decimos que "lo grave no es que los jóvenes quieran destruir lo hecho, sino que la generación anterior no haya construido nada que le inspire a los jóvenes el respeto indispensable para mantenerlo. Si los jóvenes no encuentran nada donde afincar su propósito creador, ¿qué respeto pueden guardar por lo que existe? Y si lo que encuentran hecho es malo, no les satisface, porque se deshace al afinar la palanca del progreso, entonces destruir sería lo mejor. Es el caso del que va a construir una casa nueva y encuentra unos cimientos que no le ofrecen ninguna garantía y opta por tirarlos abajo y poner nuevos cimientos. Ese trabajo sería ímprobo, porque empezar desde los cimientos todos los días sería trabajo de Sísifo que nunca concluiría".

Equilibrio en los cambios

La educación es un proceso de renovación y conservación al mismo tiempo. Es una actividad en la cual se confunden las dos maneras fundamentales de actuar del hombre. Se define la educación diciendo que es un proceso mediante el cual las generaciones adultas transmiten a las generaciones jóvenes sus hábitos, propósitos, intereses, deseos y obras. Las generaciones adultas entregan a los jóvenes una antorcha para que la sigan pasando en la carrera. Sin ese bagaje de cultura que transmiten los viejos, los jóvenes entrarían en el mundo sin ninguna preparación para seguir adelante. Pero la educación requiere, al mismo tiempo, una adaptación permanente en una sociedad cambiante. Las transformaciones se

producen en el medio físico, en el medio social y en el individuo que vive en ese medio. La educación es un proceso de cambios que tiende, sin embargo, a conservar aquello que resulta útil para crecer. El cambio se produce porque el hombre lo requiere y lo procura. Cuando se pierde el impulso renovador es porque la capacidad creadora ha dejado de funcionar y la sociedad entra en una etapa de decadencia o ve entorpecido su desarrollo.

Los jóvenes se quejan de los viejos y los viejos se quejan de los jóvenes. Ya lo hemos visto. Aquéllos quieren ir demasiado rápido y éstos desearían que se marchase más lento. Pero el cambio de adaptarse a un ritmo acompasado por la generación que tiene el control y la dirección de la vida de la comunidad, de la vida de un país, de la nación entera, pero siempre que tenga el oído atento para escuchar el mensaje que viene en las voces nuevas pidiendo cazar para actuar. Cuando en la sociedad dominan fuerzas reaccionarias que quieren meter a la gente dentro de un molde estrecho, insuficiente para contener el impulso de crecimiento, el molde se rompe en mil pedazos.

En el proceso histórico venezolano los hombres que realizaron la independencia quisieron conservar en parte los moldes de la Colonia; obtuvieron una independencia de carácter político, pero mantuvieron una estructura económica y social que abogaba el propósito de liberación del pueblo. Promulgaron una Constitución a su medida en 1830. Los herederos de los godos españoles siguieron siendo godos y como tales se les llamó en Venezuela. Contra ellos insurge el Partido Liberal, que quiere un cambio, pero éste no era posible dentro de la vida institucional; no era realizable por

los procesos normales dentro de una sociedad y se rompió el molde con la Revolución Federal. Esta fracasa porque sus líderes no estuvieron a la altura de sus promesas y el pueblo siguió esperando. Le prometieron tierra y no la obtuvieron; le ofrecieron una mejor distribución de la riqueza para acabar con la miseria y la injusticia y los pobres se hicieron más pobres y los ricos mucho más ricos. Le predicaron libertad para elegir a sus funcionarios, a sus gobernantes y no la alcanzaron. La Revolución fue perdiendo impulso hasta que en 1945 un movimiento revolucionario rompió de nuevo la camisa de fuerza impuesta al pueblo. Estas lecciones nos enseñan que el molde social, dentro de un proceso de vida política no debe ser de acero, sino de goma, susceptible de estirar, para ir dando cabida a nuevos contenidos, a nuevas angustias, a nuevos propósitos, a nuevos intereses. Esa flexible posición es lo que caracteriza el espíritu revolucionario, que abre el cauce para que corra por él el anhelo popular y encuentren realización sus más caras reivindicaciones. Es la otra cara de la moneda del proceso de cambios prometidos por la educación que hace el camino de los pueblos. Ahora bien, nunca puede aspirarse a que todos den su conformidad totalmente a fórmulas y procedimientos adoptados. En las purgas sociales unos grupos aspiran a meterse en las cosas dentro del marco de cambios para dar salida a otras. Los que aspiran a conservar sus privilegios se opondrán siempre al cambio. Los que luchan por conquistar bienestar para todos, comenzando por los más desvalidos, propondrán los cambios. Las formas de actuación dentro de la vida de una comunidad marcan dos maneras políticas y sociales de

comportamiento de los hombres al encarar los problemas: conservadores unos, revolucionarios otros.

Cambio y libertad

El gran impulso creador que determina el espíritu revolucionario es la libertad, es el respeto al hombre como gran animador del movimiento. Quienes no creen en el hombre ni en su libertad representan las viejas fórmulas dictatoriales de sometimiento y de esclavitud, aún cuando asuman pomposos nombres de renovadores. Si interpretamos este concepto a través de los cambios sociales que se producen en un país donde nuevas generaciones concurren con sus propósitos, sus deseos, sus aspiraciones, encontraremos explicación para una serie de problemas venezolanos, para una serie de actitudes, topamos con la manera de ser inconforme nuestro pueblo. Hemos intentado orientarlo pensando que venimos de una historia de hombres engañados en sucesivas etapas, generación tras generación, porque no se buscó cauce adecuado a las aspiraciones populares. Por ello hemos recogido y representamos ese inconformismo. Nuestro gran compromiso estriba entonces en colocar, por encima de las metas alcanzadas, nuevas y más ambiciosas perspectivas para el pueblo, mediante un desarrollo económico al servicio de las grandes mayorías, democratizando además de la propiedad de la tierra ya en marcha, la propiedad de las industrias, concediendo valor al capital humano, representado por el técnico para incorporarlo como promotor de nuevas y prometedoras iniciativas juveniles que ensanchen cada vez más las posibilidades del

pueblo y su capacidad para intervenir en su propia liberación.

Ritmo en el progreso

El desarrollo es un proceso permanente. Un cambio engendra otro y otro, por lo cual no puede detenerse sin comprometer el progreso del país, que al dejar de crecer iniciaría su decadencia. Esa continuidad del proceso del cambio tiene el sentido de la vida misma. Decía un urbanista que una ciudad es un organismo vivo que muda como las personas. Las casas de un piso crecen hacia arriba, primero en pocos pisos, que diez o más años después se convierten en rascacielos. Las calles, antes angostas, apropiadas para los carros de mulas y para peatones, se hacen más anchas para dar paso a un volumen creciente de vehículos, cada vez más pequeños y más veloces, y a los inmensos transportes de treinta o más toneladas de peso que rompen las calles construidas en otro tiempo para tránsito más liviano y menos intenso. En las ciudades en remodelación, no sólo para dar cabida al tránsito sino para hacer más comfortable la vida, la gente protesta por las calles rotas, por los huecos donde los automóviles rompen los ejes y las llantas, sin percatarse de que tal destrucción es precisamente el efecto de un cambio.

Los jóvenes, en general, recogen este inconformismo con mayor angustia. Son como esponjas, a los cuales les llega el rumor de la calle como un río de aguas turbias que los empapa. Explotan, en la mayoría de los casos en forma violenta, sin medir las consecuencias de su acción, por lo cual corren el riesgo de ser desorientados o desviados, víctimas de los carteles de propaganda,

contra los cuales hay que prepararles mecanismos de resistencia, mediante el análisis y el estudio de las situaciones para que puedan interpretarlas y comprenderlas, sin dejarse llevar del odio circunstancial, ni de los resentimientos que se crean en las frustraciones, tan comunes en las luchas políticas y sociales, porque esos sentimientos empuñan el espíritu y lo desvían de los grandes fundamentales objetivos que deben orientar la labor de los jóvenes en un país nuevo y con grandes perspectivas como el nuestro. Por ello la juventud requiere de dirección, que no puede emanar de sus propios cuadros, sin experiencia y sin madurez para el comando acertado. Conviene recomendar una saludable combinación de acción dirigida y autogestión para aprender en el ejercicio de la dirección el límite de las responsabilidades y la autonomía para el servicio. Los jóvenes quieren ser dirigidos, lo desean fervorosamente. Tienen conciencia de sus limitaciones y las reconocen. Por ello es preciso hacerles llegar la indicación de que no puede dirigir a otro quien no sabe dirigirse a sí mismo, quien no posee un cúmulo de experiencias suficientes para señalar el camino a los demás. No puede guiar quien desconoce los tortuosos senderos de la vida política y social. Los jóvenes aprenden en las organizaciones, con la perseverancia y el ejemplo de los dirigentes, el difícil arte de conducir a los demás. Por ello sus errores, muchas veces, no son exclusivamente suyos y parece injusto que los culpemos de desorientaciones o desviaciones que hayan podido sufrir. En ciertos casos tuvieron como dirigentes a personas que no tenían mente limpia y corazón sincero; y quien no tiene mente limpia no puede

acercarse a los jóvenes para conducirlos; quien no tiene corazón sincero es incapaz de inspirar sinceridad a los jóvenes. Estos han soportado en varias oportunidades las contingencias de una dirección sin idoneidad y sin limpieza espiritual para señalar metas precisas en un quehacer para el futuro. Los cegaba la ambición de inmediatez; por mirar cerca de la nariz, que es el hoy transitorio, la cómoda molicie, se olvidaron de que en los jóvenes todo es porvenir y que por ello ha de enseñárseles a mirar lejos y a trabajar con ahínco en la construcción de un mundo mejor.

Los jóvenes no pueden arrogarse la dirección general de la política, función que, por su delicadeza y complejidad, requiere experiencia, madura reflexión, tacto y firmeza; y aun con esas dotes se corre el riesgo de las equivocaciones, porque la política es cambiante y fluida y ello implica la dificultad de aprisionarla dentro de fórmulas preestablecidas. Pero los jóvenes pueden dirigir y deben dirigir en tareas al alcance de su pequeña experiencia y de sus capacidades. Deben dirigir para aprender. La función de un joven es aprender, prepararse para las actividades de dirección a que serán llamados oportunamente, porque a éstas no se llega por asalto. Con una actitud egoísta y de desmedida ambición el joven corre el riesgo de aislarse. Debe aprender que dirigir es una función de servicio y los jóvenes están obligados a prepararse para ella en el trabajo constante.

La juventud es una etapa interesante de la vida en la cual el aprendizaje es una actividad normal y necesaria. Aprender es fácil cuando se es joven. Si el joven está preparado, realiza

eficazmente las tareas que se le confían. Pero cuando quiere hacer su propia voluntad dentro de una sociedad reglamentada, con ello se produce una desadaptación en la cual juega papel preponderante la incomprensión de las funciones a cada cual asignadas. Dentro de la sociedad no puede llegarse repartiendo codazos. La posición estable y destacada se gana trabajando inteligentemente en procura de un ideal generoso.

Si, como dijimos antes, la libertad es impulso creador que determina el ímpetu revolucionario, es lógico que se plantee generalmente la necesidad de mayor libertad para los jóvenes dentro de una sociedad reglamentada. Sin embargo, precisa decir que en realidad la libertad se gana en la realización de tareas compartidas, en el contacto de hombres y de ideas. Solamente es libre quien cumple una tarea que quiere, una tarea que siente, responsablemente asumida porque implica beneficio para los demás y para sí mismo. No hay libertad en el indiferentismo irresponsable. No puede llamarse libre el joven cuya voz no encuentra resonancia en otros corazones, en otros espíritus que piensan y sienten como él. No hay libertad en medio de la soledad. La libertad creció como una conquista humana y sólo se le alcanza con los hombres, en contacto con éstos. El que se cree libre fuera de la convivencia en una organización, sin asumir responsabilidad con nadie es un irresponsable y la irresponsabilidad es una forma de deshumanización que concluye en la esclavitud. Entre las características del hombre libre está la de responder a determinadas obligaciones. No puede alegar derechos quien no asume deberes. Sólo el que se debe a algo y asume

responsabilidades con respecto a alguien puede decir que tiene derechos en relación con éste, que puede reclamarle también el deber correlativo para con él contraído.

No es ocioso insistir que el aprendizaje es una función consustancial a la edad juvenil. Ese aprendizaje es tanto más obligante para quienes aspiran funciones de dirección en la vida política y social del país, cuyas estructuras más complicadas cada día requieren acuciosa atención. Sin aprendizaje y sin preparación previa el dirigente corre el riesgo de ser desplazado por ineficaz. Cuando se llega demasiado pronto y sin preparación a los cargos de dirección de mayor responsabilidad, esta circunstancia puede crear una especie de ensimismamiento que aparta al dirigente de sus dirigidos, porque se cree invulnerable a toda crítica y por encima de todos los errores, se hace arrogante y grosero para degenerar en el mandón sin seguidores y sin mensaje.

El proceso de aprendizaje es continuo. No termina cuando han quedado atrás los años juveniles para entrar en un puesto cualquiera de comando. Con éste comienza un nuevo y grande aprendizaje. Dentro de una sociedad organizada todos somos alumnos por la actitud que debemos mantener para aprender en cada nuevo acontecimiento, en los éxitos y en los fracasos. Es la acción política y social la que forma al dirigente, es la capacidad de éste para sacar partido de toda circunstancia favorable o adversa. Esa humildad para aprender lecciones en el contacto con las masas eleva la condición del dirigente. Confieso que en mi acercamiento con el pueblo aprendo

siempre cosas nuevas y me afirmo en la idea del grande e inestimable valor de nuestras masas de hombres y mujeres.

El joven debe poner entusiasmo en estudiar para difundir lo aprendido. La lectura atenta y asiduada del pensamiento universal y de las tesis nacionales sobre la dirección política le ayudará a comprender mejor el proceso de cambios y a intervenir en él para estimularlo o ayudarlo. Deben leer en la historia de Venezuela las caídas dolorosas que hemos sufrido a lo largo de tantos siglos de abandono y de espera y los momentos de exaltación de la patria que nos han colocado como pueblo puntero en las obras de redención del continente. Deben leer cuanto diga relación con los problemas de la realidad venezolana. Pero he dicho en otra parte que no basta leer, si la gente no discute lo leído y medita sus alcances y limitaciones. La lectura, para que sea provechosa, debe contraponer el pensamiento del autor leído con la posición del lector para buscar el punto de equilibrio y para señalar los acuerdos y los desacuerdos.

Para finalizar y como resumen podría decir que los jóvenes tienen como tareas ineludibles: informarse suficientemente en los objetivos que mueven el quehacer venezolano; trabajar en las organizaciones del campo y de la ciudad para ayudar a los campesinos y a los obreros en las tareas de su mejoramiento individual y colectivo, contribuyendo a acelerar la elevación cultural de las masas. Experimentarán la gran satisfacción de mirar cómo las personas que reciben ayuda se identifican con quienes la ofrecen elevándolos a categoría de benefactores. Con esa reacción mejora y crece la experiencia en humanidad del joven

empeñado en las tareas sociales. Esa labor compromete y estimula, evita frustraciones, pues mientras se mantienen ocupadas las manos y la mente en el trabajo y en el servicio de los demás no queda tiempo ni lugar para la ambición mezquina que podría convertir al joven y al adulto en presa fácil para el halago que corrompe, mediante la conquista de posiciones o en un oportunista a caza de ventajas personales.

En los jóvenes no es explicable el interés manifiesto por cosas que a muchos adultos halagan, pero que a ellos los corrompe o envilece. La excesiva comodidad, la molicie, el descanso sin haberse cansado, son señales de prematuro envejecimiento. Muchos jóvenes pueden caer y de hecho han caído en estas tentaciones contra las cuales es preciso alertarlos, porque dentro de las instituciones de servicio en lugar de ser elemento de promoción y exaltación se convierten en peso incómodo colocado en el fondo del navío, lastre que es necesario arrojar sobre la playa en el primer puerto de llegada o en plena travesía.

Las generaciones jóvenes tendrán en cada época renovadas tareas que cumplir. Las cosas realizadas dentro de una organización dinámica pueden ser, y en realidad son, importantes. Pero las que aún faltan por hacer comprometen la acción y la inteligencia de los hombres y mujeres de hoy, de mañana, de siempre y muy especialmente de los jóvenes, porque a ellos corresponde el porvenir. No es suficiente proclamarse revolucionario para actuar como tal, ni pensar que la revolución es la obra de un día. La revolución es un estado de conciencia que deben poseer cuantos quieran que no se detenga el progreso, marchando siempre

hacia adelante y los jóvenes en este sentido tienen mucho camino por recorrer.

Los jóvenes que siguen cursos regulares en Liceos, Universidades u otros Institutos tienen una impostergable obligación que es la de aprovechar las oportunidades que se les ofrecen para coronar una posición, desde la cual podrán contribuir a labrar un mejor destino para Venezuela. Tienen la obligación de sobresalir, servir de ejemplo como líderes de sus cursos y disponerse para la entrega en obras, cuando terminados los estudios, los que no tuvieron oportunidad de formación encuentren en ellos consejeros, estímulos y compañeros para el trabajo en una patria de todos.

El trabajo por la juventud y el trabajo para la juventud son quehaceres de la educación. Formar a nuestros dirigentes, formar a nuestras clases sociales con una clara conciencia de lo que somos y de lo que queremos es una función educativa, es una tarea ineludible en la cual está comprometida la actividad entera de los hombres y mujeres con alguna responsabilidad en la vida de la nación.

IDEALES Y DEBERES JUVENILES

Juventud y responsabilidad social

Se es joven cuando se siente el espíritu removido por una fuerte corriente de renovación, cuando alienta una aspiración de crear y de ser. Frente a la vida que se estanca en la obra ya hecha del adulto, surge la aspiración informe de una imaginación que crea la vida superada no vivida, la vida por hacer, la tarea por cumplir. Frente a la colectividad el joven es creador; es una fuerza de propulsión y de choque, en oposición a la fuerza de estancamiento y de regresión que representan los viejos. Fuerza sin conciencia de la medida, muchas veces destruye sin crear, por eso es necesario dirigir el impulso, canalizarlo, para que la colectividad derive beneficios del entusiasmo y del esfuerzo juveniles.

Para el espíritu conservador del viejo, que vive de sus recuerdos, que siente la incapacidad de renovarse, puede el joven aparecer como un perturbador, si el egoísmo de las satisfacciones personales pone vallas entre dos generaciones diferentes. Para el viejo cualquier tiempo pasado fue mejor, como expresa el verso dolorido de Jorge Manrique, mientras que el joven, desligado de toda experiencia utilizable para vivir plenamente la vida, para expresarse cabalmente en una serie de momentos, que son siempre presente, que son un permanente ahora, el joven, repito, considera mejor cualquier tiempo futuro, porque en éste estarán comprendidos los anhelos de superación de hoy, suprimidos los elementos de retraso de ayer y aparecerán los caracteres de nueva creación, que la imaginación forja en una aspiración de

perfeccionamiento y de dominio, que es signo de expresión de un alma que busca su camino.

Por esas características distintivas de las generaciones habrá siempre oposición y es necesario que la haya. Desdichada una colectividad donde la juventud no sienta el deseo de renovar y de crear, pero más desdichada aun cuando las generaciones adultas han sido incapaces de crear obras de valor, normas de conducta que inspiren el respeto y la admiración de los jóvenes, frenando o moderando así los deseos de deshacer de éstos, para convertirlos en una necesidad de rehacer y perfeccionar lo hecho, aprovechando el trabajo que les precedió, para incorporarlo al esfuerzo de hoy, ya que toda vitalización es eso: un encadenamiento de esfuerzos de varias generaciones mancomunadas en el noble propósito de forjar un futuro mejor.

Oposición de generaciones siempre habrá, pero esto, en lugar de ser un mal, es un bien social, porque sin ello no habría progreso. En esa oposición el joven aprende a valorar sus propias fuerzas y en ella encuentra al fin una forma propia de expresión, distinta de los otros modos, adaptada al ambiente e inspirada en el deseo de forjar el sí mismo. Pero esta oposición necesaria no puede convertirla el joven en un juego peligroso de menosprecio y suficiencia, sino que, por una atinada asignación de valores, inspirado siempre en el bien social, ha de apreciar lo verdaderamente valioso y respetable de las creaciones realizadas por las generaciones precedentes. Por otra parte, el prestigio y la imposición de los mayores no debe pesar tanto sobre el alma del joven que inhiba así el noble anhelo de crear y de ser. Resulta conveniente

que a la actitud admirativa ante lo viejo se sustituya el espíritu de crítica y noble emulación. Sería de desear que los jóvenes sintieran el deseo de completar y perfeccionar las obras incompletas de los viejos y que éstos no alentaran remordimiento por la obra inconclusa, que habrá de ser continuada por los jóvenes, sino más bien la satisfacción de seguir estimulando en el esfuerzo juvenil de hoy, lo que el ayer malogró, restándolo al beneficio colectivo. Pero antes que obra de complementación el joven quiere, y tiene derecho a ello, realizar su propia obra, para la cual se siente con capacidad y vocación.

Ideales y deberes juveniles

Frente al pasado la juventud debe aparecer como una aspiración dirigida al futuro, guiada por un ideal, que ha de ser, a la vez que actitud de superación y progreso, una vía de ascenso del espíritu hacia la perfección social y moral de la personalidad y de la comunidad, de la humanidad toda. Fuerza de elevación, decidida a dejar el lastre que impide poner a flote el ideal, la juventud debe señalar rumbos inéditos. Resuelta y digna ha de asumir su papel en la colectividad, con la conciencia de su hora, con la responsabilidad de su destino histórico y cuando los hombres de las generaciones anteriores pospongan el ideal por la fácil prebenda, que proporciona vida regalada, prestándose complaciente a los atropellos contra la justicia, entonces los jóvenes han de decir su palabra viril, restituir con su actitud los fueros mancillados de la moral ciudadana, construir los cimientos de un mundo nuevo, propicio para el

triunfo del bien y la verdad, con que sueñan los pueblos.

Si esta civilización carcomida de miseria moral, enferma de injusticia, mancillada de sangre y de ignominia, en la cual la ambición desmedida de regalías y de bienes materiales cegó los cauces del amor humano y de la comprensión, ha de salvarse, obra será de la juventud, que con el sano idealismo de sus años restituirá a su puesto la justicia y enseñará a respetar los valores humanos, enseñará a amar la vida armoniosa del esfuerzo en el deber. Así, colaborando con la juventud del mundo entero, esperamos los maestros que las nuevas generaciones venezolanas cumplirán con su deber, porque para nosotros, juventud implica responsabilidad social.

Justa ambición juvenil

"Querer es poder", expresa con tono optimista el refranero popular. Pero, para el joven, muchas veces existe una desarmonía entre su querer y su poder, porque, generalmente, quiere más de lo que puede, ya que no tiene aún una justa valoración de su poder ni de su querer. La ambición es quizá la característica predominante en todo joven y sin esta actitud permanente, su vida no buscaría caminos de expresión. El joven a menudo quiere lo imposible, aspira a convertirse en eje y centro del mundo, se forja su mundo y lo vive, no conoce límites en su ambición y sólo el fracaso ante la realidad viene a revelarle la impotencia e ineficacia de su poder para poner en práctica su querer. Querer es poder, cuando lo que se quiere está dentro de los límites humanos de la aspirabilidad. Locura sería querer lo imposible y

locos devaneos juveniles llevan a aspirar, como el chico que no sabe de distancias, alcanzar la luna con la mano. El joven ha de aprender a medir los alcances de su querer para que la ambición resulte justa y realizable, para que en el fracaso no encuentre el desaliento que mella la voluntad, debilita el querer y frena para todo impulso generoso, sin que esto quiera decir que el joven deba limitar sus aspiraciones a sólo lo realizable momentáneamente, porque el margen de esas aspiraciones no realizable ahora, continuará animando como ideal para el futuro y la voluntad permanecerá tensa para la conquista ulterior. Es necesario además que la ambición no apunte a varios objetivos a la vez, porque con ello se divide la voluntad, mermando su esfuerzo y rebajando su energía.

Sin embargo, cuando esos objetivos estén íntimamente vinculados o relacionados con el fin principal que se persigue es oportuno y útil atacarlos a todos, para que la voluntad en el esfuerzo ambicioso, pueda arroparlos. En este caso, el esfuerzo en vez de dividirse se vigoriza, porque el estímulo del fin principal, del ideal supremo, le empuja siempre hacia adelante.

La justa ambición del joven no puede estar contenida en la posesión de los bienes materiales y de honores, sino que ella ha de orientarse en el propósito de ser y de servir, mejorando las condiciones de vida personal y de la colectividad. Cuando la ambición se mueve dentro de esos límites cumple una misión social, y el joven, arrastrado por su noble corazón, confundido en el inmenso corazón humano, inmerso en él, siente que su ambición ilimitada tiene un objetivo, que

estando fuera de él, del propio yo, no es distinto de ese yo, desde luego que sentirá a la comunidad como una prolongación, o mejor como un reflejo de su yo. La suprema ambición de todo joven ha de ser remediar las angustias y dolores de la comunidad, sentirse útil y necesario y palpar en la alegría que a todos conmueve y a todos exalta. Por eso las justas ambiciones del joven deben identificarse con las justas ambiciones de todos los demás, que junto con él piensan y sienten la colectividad. Para la realización de dichas ambiciones, el joven puede encontrar en un momento determinado obstáculo, opuestos, bien por la colectividad, bien por el medio ambiente o bien por la propia imperfección del aspirante. Pero los tropiezos encontrados en el camino de superación que se impone el joven, no pueden ser, no deben ser un motivo de desaliento para su espíritu. Ellos, por el contrario, tienen significado de elementos de superación. Quien en la realización de sus justas aspiraciones no ha tenido que vencer contratiempos, quien ha marchado siempre por el camino llano y sin espinas, llega al fin de la jornada sin la fuerza de resistencia necesaria para sostener los anhelos que abrieron brecha para la experiencia. El esfuerzo contra el obstáculo temple el espíritu y el músculo, hace que el joven se encuentre a sí mismo, porque ha vivido una experiencia. Toda oposición, todo obstáculo ha de tener para el joven el sentido de un motivo de superación en el esfuerzo. Vencer el obstáculo y no dejarse vencer por él es la actitud que corresponde al joven en la formación de su personalidad. Toda educación es, antes que todo, autoevaluación. Y la autoevaluación se logra por la superación de los obstáculos opuestos a la

perfección del espíritu y las justas aspiraciones del joven. Autoevaluación significa también vencerse a sí mismo, vencer los propios instintos, aprender a comportarse en sociedad. Aprender que la vida no es sólo frío egoísmo y satisfacciones personales, sino haz de aspiraciones colectivas, que, realizándose conjuntamente, dan satisfacción a todos y satisfaciéndose todos, se alcanza lo que individualmente no puede lograrse, porque la vida egoísta es vida de soledad interior, que se hace plena por la inserción en la vida de la comunidad, por la comprensión y el acercamiento. La superación del espíritu por el vencimiento de la animalidad que hay en cada uno, es condición indispensable para que el joven se forme sano, fuerte e idealista y para que las conquistas logradas en la juventud puedan contribuir a la actitud responsable del hombre maduro y al orgullo reposado de la obra cumplida del hombre anciano.

La fe en sí mismo

El joven ha de tener fe en sí mismo. Ha de mantener en el espíritu un exaltado sentimiento de firmeza y el propósito indeclinable de realizar la obra ambicionada. La fe en sí mismo es el elemento indispensable de toda superación humana. El hombre que no tiene fe en sí mismo, la mujer que no se cree capaz de realizar vida útil dentro de la colectividad, ya puede considerarse como un desecho de esa colectividad.

Por eso, la fe en sí mismo es un elemento indispensable de vida y de progreso. Muchas veces al joven no le es posible adquirir esa fe, no puede tenerla, porque hay en él imperfecciones derivadas de su incompleto desarrollo, que determinan una

menorvalía social y física, que con mucha frecuencia se denomina complejo de inferioridad. Pero la fe en sí mismo se recobra o se adquiere, cuando fijado un ideal, el joven, paso a paso, por ejercicios continuados se acerca a él. Por pruebas sucesivas el atleta mejora su propio récord. Así también se gana la fe en sí mismo y cada resultado positivo en el esfuerzo contribuye a mejorar la seguridad. La fe en sí mismo no es un don del cielo, sino un sentimiento de autoafirmación logrado en el trabajo por ascensos graduales, por eso cada escalón ganado en ese ascenso va mejorando la fe, va creando la confianza en sí mismo. La situación de inferioridad, de menorvalía orgánica, social o espiritual en lugar de ser para el joven un motivo de desaliento debe convertirse en un elemento de superación. Ha dicho Adler: "Ser hombre quiere decir sentirse inferior y pasar de la inferioridad a situaciones de superioridad". Por eso, el joven, sobreponiéndose a sus pasiones, al egoísmo rastrero, ha de situarse en posición de merecimientos, llegando por méritos propios hasta el logro de sus ambiciones.

Jóvenes liceístas: Es necesario que todos y cada uno de ustedes aprenda a conquistar la fe en sí mismo, sin esperar del compañero, del profesor, el estímulo que acaso no llegue nunca, para mejorar el récord de actividad y de conciencia. Aprendan a adquirir la fe en sí mismo porque el estudiante que en el estudio diario vence las dificultades de las materias, y, perfeccionando su trabajo, va corrigiendo los errores, sabe que las equivocaciones de ayer, él no será capaz de cometerlas hoy ni mañana. Cuando llegue ese momento de conciencia en la superación, el joven

ha forjado su destino y, creador de sí mismo, autocreador, estará capacitado para darse en obra, en acción, a la forja de una colectividad más feliz y más humana en una patria libre.

Para ganar la fe en sí mismo es necesario, además, que el joven se acostumbre a no considerarse aislado, ya que hay otros seres que junto con él luchan y junto con él sufren y con cuyos esfuerzos, concatenados los suyos, se presta contribución a la superación individual y colectiva. En esa persecución de la autoestima es necesario que el campo de batalla no se circunscriba a la acción de hoy. Así no será posible que el fracaso de ahora disminuya el valor de la propia vida sembrando el desaliento. Más que en la conquista momentánea para la satisfacción del apetito material, la meta debe fijarse más allá del presente, en el porvenir. Pero, no obstante, lo dicho, es necesario que el maestro, las generaciones adultas no escatimen sus estímulos, para que el joven, en trance de angustia, ascienda a la meta de la seguridad que persigue. Es saludable que a cada rato no se le recuerde la inferioridad sentida, sino que por el contrario se le impulse a mejorarse, haciéndole comprender que es susceptible de mejoría. No hay nada más deprimente para un joven que el constante martilleo de la frase denigrante o despectiva, que el señalamiento de sus deficiencias. Si éstas son indicadas ha de ser para enseñarlo a corregirlas, para señalar el camino de la superación.

Pero el estímulo debe ganarlo el joven inspirando simpatías y cariño a los hombres y mujeres que por su posición están en capacidad de ayudarle. No obstante, más valioso por el carácter

formativo que envuelve, será siempre el autoestímulo. Autoestimularse desarrollando la propia capacidad, poniendo a funcionar la inteligencia. El autoestímulo y la autoeducación son condiciones indispensables para que los ideales del joven tengan plena realización.

Especialización y cultura general

Voy a referirme ahora a una cuestión de gran importancia para el porvenir y para la época actual. Se habla con mucha frecuencia de una educación especializada, con menosprecio de la educación general. De una educación profesional opuesta a la educación integral del hombre. Algunos opinan que en el momento histórico que vivimos no puede sostenerse la amplia de una educación dirigida a formar el hombre integralmente. Que es necesario formar parcialmente al profesional, desenvolviendo en él la actividad que más lo caracteriza. Educación vocacional, porque el hombre, el joven, se encontrarán situados en un medio que han de vencer, valiéndose de aquellas aptitudes que los valorizan dentro de una colectividad. Desenvolvido preferentemente las cualidades predominantes en cada ser, tendremos espíritus incompletamente desarrollados. La cultura iluminaría sólo una parcela, interesante, sin duda, de la mente del hombre, dejando las otras en plena oscuridad. Pero tal actitud es absurda. La dedicación a una profesión muchas veces olvida las otras aptitudes que, si menos destacadas que la predominante, son complementarias de ésta y la refuerzan. El joven, que desde el Liceo marca rumbo hacia una profesión, que ni siquiera ha investigado si posee las cualidades indispensables

para dar cumplimiento a los compromisos sociales que el ejercicio de esa profesión implica, cuando sigue ese derrotero, sin mirar hacia otras actividades humanas, ha cerrado innumerables ventanas a su espíritu, pierde el lazo de unión entre las varias profesiones y contribuya a acercar a los hombres, porque los humaniza.

Los jóvenes liceístas que habrán de arribar en una profesión cualquiera, deben conservar la frescura y el sentimiento de solidaridad para con los hombres y mujeres que trabajan en otros campos, sin encasillarse dentro de los límites de su oficio. Solamente así podrán colaborar en la integración nacional por el aporte de esfuerzo de todos los profesionales, ligados en el ideal de la patria y tendida la vista hacia el futuro.

Trabajo y deporte

Es oportuno ahora hablar del deporte, actividad juvenil por excelencia, pero no en oposición al trabajo, sino como una actividad complementaria de éste. Ahora, cuando los jóvenes venezolanos, la juventud de este pueblo abandonado, nos trae desde Cuba un campeonato mundial de Base Ball¹, es oportuno que este triunfo sobre la desesperanza de un pueblo acostumbrado a perder siempre, a perder en la lucha sostenida contra el paludismo y los angustiosismos, contra la mandoferia de pernoche, contra la miseria y el hambre que se le han enfrentado dentro del propio territorio, es oportuno, decimos, que este triunfo torne a la fe y a la esperanza en las virtualidades de nuestro pueblo, capaz siempre de levantarse sobre

¹ La referencia es al año de 1941

sus propias deficiencias, para dar de sí el esfuerzo viril que nos coloque en el puesto de vanguardia. Así fueron Boyacá, Pichincha, Junín y Ayacucho, pero con la diferencia de que allí se triunfó sobre el odio, regando con sangre el campo de batalla, mientras que ahora es triunfo para la solidaridad de los pueblos de América, que en los campos de deporte practican el acercamiento y juegan a la cordialidad. Vencidos y vencedores integran, todos, el equipo de la juventud de América, que habrán de forjar nuestro futuro de pueblos libres, hermanados en el esfuerzo para crear una civilización y una cultura propicia para el amor, sin la bastardía del odio entre los pueblos hermanos, nacidos al calor de un impulso generoso de confraternidad.

Gregorio Marañón, en un libro titulado *Tres ensayos sobre la vida sexual*, sostiene la tesis de que el deporte es una actividad improductiva, en oposición al trabajo que es actividad productiva.

Ya en 1936 rebatí esta afirmación en un ensayo titulado "La actividad lúdica y el trabajo", aparecido en mi libro *Psicología y Canalización del Instituto de Lucha*, porque considero que una y otra actividad son productivas. El trabajo crea bienes materiales apreciables en dinero. El deporte crea en el espíritu una actitud, una alegría gozosa que hace amar la vida y que predispone para el trabajo creador. "La verdadera diferencia entre trabajo y deporte estriba —decía en el aludido ensayo—, en que el primero se produce tomando sólo en consideración la alegría que proporciona, tiene en ésta una realización inmediata, mientras que en el trabajo la actividad se dirige al fin remoto, remuneración y obra, pero ambos son creadores,

satisfacen necesidades biológicas y sociales". Ahora decimos que a pesar de que el deporte tiene realización en la alegría que proporciona, esta alegría se transfunde al trabajo y lo hace deseable, disminuyendo la penosidad de la labor. Hay que trabajar como se juega, hay que crear con alegría deportiva y así nuestras creaciones tendrán siempre, en lugar del recuerdo doloroso del esfuerzo rendido, la expresión de una actividad deseada y cumplida con devoto amor, con satisfacción de servir.

El joven ha de practicar el deporte, pero no como una actividad que sustituye al trabajo responsable que le está confiado, ya como estudiante, ya fuera del aula y del colegio, sino como actividad de estímulo, como una forma de encontrarse a sí mismo, como un entrenamiento para dominar la fuerza desbordada de las tendencias. En ninguna actividad como en el deporte el joven adquiere la justa medida de su fuerza, y por ello, en ninguna parte aprende a utilizarla mejor que en el campo de juegos. Allí aprenderá a ganar sin engreimiento frente a los demás, engreimiento que forma los espíritus egoístas, sino con espíritu de equipo, ya que todo triunfo tendrá el valor de obra colectiva y aprenderá a perder sin rencor y sin odio de revancha. Del deporte ha de conservarse la actitud que en la vida enseña a sobrellevar los contratiempos y a valorar los éxitos, todos momentos transitorios, que han de templar el esfuerzo y estimular la voluntad. El estudio es un deporte agradable, deporte de superación de la inteligencia, de entrenamiento del espíritu y es trabajo creador, de superación de la propia vida y

en el que debe haber siempre la actitud alegre, gozosa del hombre que juega y la responsable dedicación, la cuidadosa vigilancia del hombre que trabaja.

Jóvenes estudiantes, tomad el deporte como actividad tonificante, pero aprovechando el estímulo que deja para crear en el trabajo. Sólo quien trabaja con alegría deportiva es capaz de crear una obra perdurable, sólo quien es capaz de rendir el esfuerzo con alegría deportiva puede sobreponerse al fracaso para continuar luchando. No despilfarréis vuestras energías, utilizadlas para crear y para servir a Venezuela.

Una juventud que trabaja por Venezuela

Augusto Mijares, en el prólogo del Tomo I de los Estudios sobre Historia Colonial Venezolana, de Héctor García Chuecos, escribió una frase un tanto amarga y pesimista, que ya me encargué de criticar al hacer el comentario de dicho libro. Afirma Mijares que: "En Venezuela ha habido siempre una gran generación decidida a luchar por la patria, lo que no ha habido nunca es una generación decidida a trabajar por ella". En primer término, la frase contiene elementos de falsedad. No es cierto que en Venezuela no haya existido antes de ahora y siempre juventud decidida a trabajar por la patria y que en efecto haya trabajado por ella. Augusto Mijares atribuye la actitud que equivocadamente asigna a la juventud venezolana, a la indisciplina que "impide pasar del ímpetu juvenil de la lucha, a la madurez austera del trabajo". Pero esa actitud de trabajo ha persistido siempre y esta juventud que se forja ahora, estamos seguros realizará obra constructiva, porque habrá ganado la confianza en

sí misma y porque encontrará un medio propicio para la realización de dicha obra. Lo que no ha existido nunca en Venezuela son las condiciones necesarias y suficientes para que el trabajo del hombre responsable se realice, para que el joven que lleva ideales en la mente, que tiene condiciones especiales para remover, para transformar su medio pueda laborar por Venezuela y no existiendo esas condiciones, el joven ha tenido que gastarse removiendo uno por uno los obstáculos que se oponen a su acción y en esta tarea desorbitada lo sorprende la vejez, sin que apenas haya podido realizar la obra constructiva que soñó. Por eso, más que a la juventud, la frase de Mijares debe preocupar a los adultos, a los gobernantes, a todos aquellos que tienen en sus manos la posibilidad de crear las condiciones propicias para que el joven pueda trabajar, sin tener que desgastarse primero en una lucha estéril contra el medio adverso. Juventud venezolana: confía en ti misma, trabaja con alegría y disciplina, pero exige también que se te brinden los caminos para que tu esfuerzo no sea inútil. La patria espera de ti la obra creadora, no sólo el ímpetu destructor. Forja tu destino con responsabilidad, con fe y con amor a Venezuela.

Una juventud que trabaja por Venezuela

Augusto Mijares, en el prólogo del Tomo I de los Estudios sobre Historia Colonial Venezolana, de Héctor García Chuecos, escribió una frase un tanto amarga y pesimista, que ya me encargué de criticar al hacer el comentario de dicho libro. Afirma Mijares que: "En Venezuela ha habido siempre una gran generación decidida a luchar por la patria, lo que no ha habido nunca es una generación decidida

a trabajar por ella". En primer término, la frase contiene elementos de falsedad. No es cierto que en Venezuela no haya existido antes de ahora y siempre juventud decidida a trabajar por la patria y que en efecto haya trabajado por ella. Augusto Mijares atribuye la actitud que equivocadamente asigna a la juventud venezolana, a la indisciplina que "impide pasar del ímpetu juvenil de la lucha, a la madurez austera del trabajo". Pero esa actitud de trabajo ha persistido siempre y esta juventud que se forja ahora, estamos seguros realizará obra constructiva, porque habrá ganado la confianza en sí misma y porque encontrará un medio propicio para la realización de dicha obra. Lo que no ha existido nunca en Venezuela son las condiciones necesarias y suficientes para que el trabajo del hombre responsable se realice, para que el joven que lleva ideales en la mente, que tiene condiciones especiales para remover, para transformar su medio, pueda laborar por Venezuela, y no existiendo esas condiciones, el joven ha tenido que gastarse removiendo uno por uno los obstáculos que se oponen a su acción y en esta tarea desorbitada lo sorprende la muerte o le alcanza la vejez, con una carga de desilusiones que inhiben para toda creación efectiva.

Yo tengo fe en que el trabajo realizado por ese hombre ejemplar, que es el director del Liceo Andrés Bello, por la renovación del Liceo venezolano; en que las preocupaciones de los anónimos profesores y maestros venezolanos, que luchan por la renovación de la educación venezolana, puedan ser aprovechados por los jóvenes para una labor de creación y entonces se

comprobará una vez más que es falsa la tesis de Mijares.

Démosle condiciones especiales de trabajo a los jóvenes, forjémosle el ambiente propicio para que su acción se desenvuelva, y ellos realizarán la transformación del país.

Yo tengo fe en la juventud y por ello aspiro a que mis hijos y los hijos de los que conmigo han luchado en esta etapa venezolana, puedan asistir a esa época de trabajo creador, demostrando con ello que no han sido inútiles nuestros esfuerzos y nuestro bregar incesante.

Una generación de carbón

En una oportunidad llamé a mi generación "Una generación de carbón", porque está destinada a quemarse. Y generaciones de carbón han sido hasta hoy todas las generaciones de venezolanos porque se han quemado produciendo calor para poner en marcha toda el ansia de un pueblo que aspirando a ser libre se encontró oprimido por un yugo secular de mononería y de prejuicios. He llamado "generación de carbón" a mi generación, porque quemándose, brasa encendida de patrióticos anhelos, está forjando, en esa caldera monumental de la acción, las condiciones que habrán de aprovechar las nuevas generaciones venezolanas, en las que están aprendidos, ustedes, nuestros hijos y los hijos de ustedes. Estamos conformes con nuestra misión y procuraremos que se consuma toda la energía para transfundir el nuevo espíritu, sin dejar cenizas inservibles, y es necesario entonces que ustedes apliquen los esfuerzos de las generaciones que les han

precedido, que pueden haber sido escasos, de poco rendimiento, pero dados con fe y con entrañable amor a Venezuela.

Ojalá que ustedes puedan crear dentro del ambiente que nosotros hemos preparado una patria libre, esclarecida y feliz.

Por Venezuela y por la juventud venezolana, por el porvenir que está representado por ustedes y por los hijos de ustedes.

LA LUCHA, INSTINTO FUNDAMENTAL

*Prólogo de la Segunda Edición del Libro
Psicología y Canalización del Instituto de Lucha,
número 101 de la Biblioteca Popular del Ministerio de
Educación*

Este libro fue publicado en 1936. Salíamos de la tiranía de Juan Vicente Gómez, que había durado veintisiete años, y sobre el gobierno y las organizaciones pesaba la presión para que afirmaran la mano sobre el pueblo, a fin de que no se desmandara. Intuitivamente, las clases conservadoras reconocían que las energías, largo tiempo retenidas, ahora sin frenos limitadores, corrían entonces peligro de desbordamiento. El libro perseguía una finalidad, la de indicar a los dirigentes y a los dirigidos que la represión no suprime los impulsos agresivos, porque la energía soterrada de éstos busca salidas compensatorias, que al manifestarse trastornan toda la vida social y política. Se proponía también señalar un rumbo educativo que sustituyera la represión, construyendo canales para la energía combativa con objeto de aprovecharlos creadoramente.

De la fecha de aparición del libro a hoy, hemos recorrido un gran trecho. Salimos del túnel de la dictadura de Gómez para percibir débil luz en los regímenes que le siguieron, herederos parciales de las instituciones dictatoriales, aun cuando no de sus prácticas represivas y depresivas. Vivimos luego, 1945-1948, tres años de régimen revolucionario, dentro del cual se rompió definitivamente el cordón ambiental que aún persistía con la dictadura, para dar entrada a

Venezuela en una era de progreso democrático, llamando al pueblo a participar libremente en la construcción de un régimen de libertades públicas y de disfrute de los bienes económicos de la nación. Vendrá luego, 1948-1958, la dictadura de los diez años y con ella vuelta a la represión brutal, regresión en nuestro proceso evolutivo a etapas ya superadas, en las cuales la belicosa actitud buscó formas de expresión, cónsonas con la situación de sometimiento que padecía la nación. Esa actitud combativa condujo a la organización de un frente común para aprovechar las fuerzas del instinto, que dieron al traste con el régimen de opresión.

Entramos desde entonces en una nueva etapa, donde la libertad es objetivo y el régimen democrático concentra los esfuerzos de la mayoría del pueblo. Pero las energías liberadas hicieron salir del cauce normal de la cultura las fuerzas instintivas reprimidas por la dictadura. Se trata de lo que definimos en nuestro libro como proceso de regresión del instinto, que ha hecho aparecer en el medio venezolano manifestaciones destructivas de ferocidad, contraria al leal combate promovido por un instinto de lucha desviado o canalizado.

La segunda edición de este libro había sido retardada indefinidamente. Como anunciábamos en la nota explicativa que precede a la primera edición, era nuestro propósito hacer un trabajo más completo, con notas y apuntes que no tuvieron cabida en aquella oportunidad. Otros trabajos, otros libros y ensayos requirieron nuestra atención, no obstante que educadores y amigos nos reclamaban siempre una nueva edición de *Psicología y Canalización* del Instituto de Lucha. Ahora el fraterno y siempre amigo doctor J. M. Siso

Martínez, Ministro de Educación, ha enviado el libro a las prensas del Ministerio, lo que no nos ha permitido seguirnos oponiendo a la publicación. Sin embargo, para actualizar la obra escribimos este prólogo en el cual deseamos dejar sentadas algunas observaciones útiles para el lector de hoy.

La bibliografía sobre la agresividad y sobre los conflictos y tensiones entre personas, grupos y naciones es muy extensa en el mundo, aún cuando en Venezuela no abundan estudios de esa clase.

Para el año de 1952 la UNESCO había realizado estudios e investigaciones por más de cinco años sobre las tensiones internacionales y encomendó a la socióloga norteamericana Jessie Bernard el trabajo de preparar un informe sobre las investigaciones recientes y los métodos empleados en tales investigaciones. Ese estudio fue publicado en su versión española bajo el título de *Sociología del Conflicto (Investigaciones recientes)*, por el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional de México, en 1958 y contiene una bibliografía sobre el tema con 263 títulos. En 1961, publicó el Fondo de Cultura Económica, la versión española del libro de Lewis A. Corser, *Las Funciones del Conflicto Social*, ampliamente informado.

Aun cuando los fenómenos de las tensiones y el de los conflictos pueden no degenerar en agresiones abiertas, son o pueden ser las causas de éstas, por lo cual tiene gran interés estudiarlos para ilustrar la materia de este ensayo sobre *Psicología y Canalización del Instinto de Lucha*.

El libro de Lewis A. Corser, ya citado, como obra de divulgación, carece de originalidad. El

autor advierte que no se trata de una investigación nueva, sino que parte de los conceptos emitidos por el sociólogo alemán George Simmel, en un libro publicado a principios de este siglo, bajo el título de *Conflicto*, confrontados con las ideas de otros autores anteriores y posteriores a éste.

Corser critica a Simmel porque mezcla conceptos sociológicos con puntos de vista psicológicos, con lo cual generalmente se oscurece la doctrina formulada sobre el conflicto. Pero en realidad ese es un error en el cual incurren varios autores al no delimitar lo puramente sociológico de lo estrictamente psicológico. Pero, por otra parte, los estudiosos más penetrantes sobre el conflicto social tienen su origen en las investigaciones psicoanalíticas de Freud, que analizó sus causas profundas y propuso fórmulas para resolverlos. Además, toda la psicología eminentemente social de Alfredo Adler se basa en una estructura anímica en donde el instinto de poder determina dos formas de personalidad, la agresiva y la no agresiva, que sirvieron a Pierre Bovet para escribir su libro *El instinto luchador*, citado por nosotros varias veces en esta obra. Varios tratadistas han buscado sus interpretaciones en fuentes psicoanalíticas, porque, como observa Roger Bastide, "las relaciones entre el psicoanálisis y la sociología son dobles y hay reciprocidad, al menos aparente, de puntos de vista. La sociología nos ayuda a comprender al individuo, al colocarlo nuevamente en un medio familiar y la psicología, por su parte, da cuenta de los hechos sociales al hacerlos brotar del juego de la libido". (Roger Bastide, *Sociología y Psicoanálisis*, pág. 16). Sin embargo, es aceptable decir con Corser que, aun cuando el conflicto es un

agente de diferenciación de la personalidad con respecto al mundo exterior, para el estudio de esta cuestión tan importante hay que circunscribir los términos de la relación de la personalidad con el mundo exterior que contribuyen a la diferenciación de ésta.

Generalmente se piensa que el conflicto es destructor y que es dañosa su producción dentro de los grupos humanos. Pero está demostrado (lo analizamos en este libro) que solamente la exacerbación conduce al choque destructor. Psicólogos y sociólogos reputados llegan a considerar que es saludable cierto grado de conflicto para la integración de los grupos. En efecto, Simmel sostiene que una cierta cantidad de discordia mantiene la unidad del grupo y por ello considera integrador el antagonismo que se produce dentro de los grupos. Por otra parte, el conflicto entre grupos diferentes contribuye a la unificación interna de los grupos que chocan. En esta hostilidad de grupos y de clases, nos recuerda Corser, fundamentaron sus teorías sociales Carlos Marx y Sorel, quienes sostienen que la lucha de clases esclarece la conciencia de los grupos en conflicto y los lleva al conocimiento pleno de su identidad de clases como tales y al conocimiento de sus objetivos específicos. En este sentido el conflicto tiene importancia como estimulador de la identidad o de la expresión de la personalidad del grupo que por el enfrentamiento adquiere un conocimiento pleno de sus intereses.

La interpretación psicoanalítica que proponemos de la lucha como una característica fundamental del pueblo venezolano, a la luz de los nuevos conceptos pudiera ser discutida, porque la

teoría de los instintos ha estado en constante revisión y contra ella han aparecido puntos de vista y teorías contrapuestos. Para los partidarios de la reflexología, los instintos no existen o existen sólo en limitada cantidad como características hereditarias que se transmiten a los descendientes. Para estos psicofisiológicos de la conducta toda actividad de los seres vivos se reduce a reflejos condicionados que el hábito perpetúa. Algunos sostienen que se ha abusado demasiado del término instinto, por ello L. L. Bernard, en su tratado de "Psicología Social", considera como "un absurdo atribuir un carácter verdaderamente instintivo a la mayor parte de formas complejas de conducta, especialmente de las que producen adaptaciones rápidamente variables del organismo como un todo a medios complejos variables". (L. L. Bernard, Psicología Social, pág. 113). Este mismo autor discute la posibilidad de que los instintos en el hombre sean múltiples y sólo concibe un número limitado de éstos, relacionados estrictamente con los procesos vegetativos o estrictamente vitales. Es, en cierta manera, una vuelta a la tesis de William James ya expuesta en nuestro libro. Pero Bernard sostiene con más énfasis, después de los grandes progresos de la psicología, que propició, pero no coincidió James, que "Si hacemos una distinción rígida entre reflejos e instintos sobre la base de la complejidad relativa de la configuración de conducta, entonces puede decirse que existen muy pocos instintos verdaderos que queden intactos en el organismo humano. Pero no existe una línea divisoria precisa entre los reflejos y los instintos que se base en la complejidad o en cualquier otra base de distinción, y al parecer se tiende a incluir

en el término instinto el de reflejo". (L. L. Bernard, ob. cit., pág. 123).

El sociólogo francés Roger Bastide, en su libro reciente *Sociología y Psicoanálisis*, donde analiza las relaciones e influencias recíprocas de estas dos disciplinas, afirma que la conciliación entre la Sociología y el Psicoanálisis no será posible sino a condición de que: "el Psicoanálisis abandone la teoría de los instintos para reemplazarla por la de las tendencias más o menos modeladas profundamente por lo social, y que la sociología reconozca la posición de los individuos y su dinamismo creador en la vida de los grupos". (Roger Bastide, *Sociología y Psicoanálisis*, págs. 115-116).

Por su parte Erich Fromm, quien ha intentado un acercamiento profundo entre la sociología y el psicoanálisis, introduciendo reformas sustanciales en la teoría freudiana del instinto sexual, acentúa la influencia de lo social en la conducta humana, que aparece determinada en muchos casos por esas influencias. Piensa Fromm que las presiones agresivas "no son instintos biológicos sino tendencias modeladas por la sociedad en tal forma que lo individual y lo colectivo se penetran profunda y recíprocamente".

Más recientemente el psicólogo social norteamericano Gordon B. Allport asienta que la agresión no es un instinto sino una capacidad, manifestándose por lo demás parcialmente de acuerdo con la teoría freudiana, en la cual frustración-agresión-desplazamiento forman parte de una teoría con solidez, siempre que sobre ella se formulen algunas salvedades. Para este psicólogo

"la diferencia entre un 'instinto' y una 'capacidad' es crucial. Un instinto demanda satisfacción. Una capacidad sólo está latente y puede no ponerse nunca en acción".

Cabe observar que el análisis de Allport se refiere a la existencia de los prejuicios, en los cuales, si interviene un instinto que siempre busca satisfacción, las perspectivas de eliminar aquél siempre serían confusas. Por el contrario, si en la instauración del prejuicio interviene una mera capacidad reactiva es posible crear condiciones internas o externas que impidan la actividad de la capacidad. (Gordon B. Allport, *Naturaleza del Prejuicio*, págs. 387-388).

Indudablemente, desde el punto de vista educativo la tesis de Allport ofrece mayores perspectivas para el educador, porque al tratarse de una capacidad, ésta puede ser manejada con mayor libertad haciéndole cambiar sus objetivos. Pero los psicoanalistas ortodoxos siguen manifestándose en los términos del vocabulario freudiano y sacan sus conclusiones ateniéndose a las específicas fórmulas del creador de la teoría. El mismo Allport en su obra citada, en completa concordancia con Freud, afirma que "Thánatos constituye un impulso tan ciego en nuestra naturaleza como es Eros, con el cual contrasta netamente. Pero la agresión y el amor suelen mezclarse en el curso de la vida de manera que aun nuestras necesidades positivas y de unión se contaminan con impulsos destructivos". (Allport, obra cit., págs. 185-186).

Las diferencias teóricas son de mínima importancia en este caso, ya que ambos tratadistas concuerdan en el hecho fundamental de que "la

forma característica como un individuo maneja sus impulsos agresivos constituye uno de los rasgos importantes de la estructura de su carácter".

La primera edición de este libro, constante de cinco mil ejemplares, se agotó en el mismo año de su aparición y desde entonces hemos esperado las observaciones formuladas por personas estudiosas sobre los puntos y observaciones hechos por nosotros.

Puede acontecer —decíamos entonces—, que las conclusiones sean un poco precipitadas y hasta erradas, por eso accederíamos gustosos a rectificarlas si las razones expuestas por aquellos que hayan estudiado esta cuestión con mayor detenimiento, tienen un fundamento razonable". Es dable suponer que la falta de objeciones confirma nuestro planteamiento a menos que no consideremos que por señalársele escasa importancia no ha sido tomado en cuenta.

Por otra parte, la socióloga norteamericana Jessie Bernard, para indicar lo poco que se ha avanzado en el estudio de los conflictos sostenía, en 1950, que "desde la época de los primeros precursores como Small, Park y Ross, poco es lo que se ha progresado. Los sociólogos norteamericanos de los años recientes se han contentado con mantener el estudio científico del conflicto en el punto en que Simmel lo dejó". (Cita de Lewis A. Corser, *Las Funciones del Conflicto Social*, págs. 13 y 14).

Los recientes acontecimientos venezolanos, lejos de negar la tesis que sostenemos, vienen a confirmarla.

El psicoanalista venezolano doctor Hernán Quijada ha realizado pacientes estudios sobre la agresividad y encuentra que la desorganización familiar, dentro de la cual existen hogares o remedios de hogares, donde una madre carga con prole numerosa, atribuida a padres diferentes, la introyección de la imagen del padre carece para el niño de las características protectoras que conforman tradicionalmente esa figura en el hogar. La figura introyectada es más bien la de un enemigo o la de sucesivos enemigos generalmente brutales que determinan una reacción externa del niño y formas de agresividad que llegan a ser patológicas.

Los estudios del doctor Quijada se refieren generalmente a las zonas urbanas de Caracas, donde el éxodo campesino ha acumulado en insalubres viviendas a una población inculta venida de los campos. Los hábitos primitivos del hogar campesino han sido desintegrados y mujeres y niños abandonados conforman un cuadro, donde a la agresividad primitiva del carácter venezolano se agregan las condiciones ambientales que hacen propicia toda forma de agresión.

Las tesis sostenidas por Erich Fromm, en las cuales ha pretendido una conciliación entre Marx y Freud, concluyen que “el carácter social (de un grupo, como la clase media, o de una civilización) surge de la adaptación dinámica de la naturaleza humana y una estructura social. Los cambios que se producen en esas condiciones sociales crean cambios en el carácter social; es decir, dan nacimiento a nuevas necesidades, a nuevas angustias. Estas, a su vez, determinan nuevas ideas o, para decirlo mejor, hacen que los hombres sean susceptibles de ser afectados por ellas. Por su lado,

estas nuevas ideas tienden a estabilizar y a intensificar el nuevo carácter social y a determinar las acciones humanas”. Según esta tesis la agresividad estaría determinada por las nuevas formas y situaciones sociales y éstas a su vez estarían influidas por las presiones que llevan a actuar a los individuos.

Los estudios del doctor Quijada y otros realizados por sociólogos y psicólogos sociales para determinar las causas de la delincuencia juvenil y de la delincuencia en general y para buscar remedio a la desordenada forma como, a partir de la dictadura de los diez años, se ha venido manifestando el desordenado instinto agresivo del venezolano, nos han hecho volver a los principios sostenidos en este libro como fórmulas para encontrar un medio educativo capaz de modelar la actividad creadora de nuestros jóvenes, señalándoles objetivos precisos para canalizar la energía desbordada de su contabilidad.

La tesis sostenida explica que el impulso agresivo reprimido, cuando cesan las fuerzas de presión, se desborda. Ya el psicoanalista C. G. Jung, en su libro *El Inconsciente*, dice que cuando la energía psíquica desborda el canal que la contiene, se dificulta retornarla a su antigua forma de expresión, con lo cual se originan formas neuróticas de comportamiento. Algo de esto acontece con las formas de actuación, de alarmantes características en la Venezuela actual. La agresividad tiene signos destructivos en todas partes, por ello se hace indispensable crear canales adecuados para contenerla, si no es posible retornarla a su canal primitivo, proponiendo a los jóvenes objetivos de derivación en los cuales

puedan volcar esa energía que está amenazando con destruir, no sólo instituciones, sino el propio porvenir de la nación.

El instinto agresivo, connatural en el venezolano, se mira ahora favorecido en sus formas de expresión destructivas, porque el proceso de desarrollo social y económico ha desorganizado las antiguas formas, dentro de las cuales los hábitos de convivencia mantenían las relaciones pacíficas y normales de los ciudadanos y de las comunidades. Al proceso de desruralización sucede otro de urbanización, sin que los recién llegados a la urbe tengan la cultura urbana que las ciudades reclaman. Se trata de una urbanización sin urbanidad o, mejor, de un urbanismo ruralizado. El choque de dos formas antagonísticas de cultura exagera los rasgos agresivos de nuestra población, que encuentra en cualquier oportunidad un medio para desfogar la combatividad. La gravedad de esta situación estriba en que el combate, en el choque de las dos formas de cultura, se decide en favor de la más primitiva y no es una síntesis dialéctica más evolucionada, como sería deseable.

Un ejemplo sería suficiente para explicar este fenómeno: El carnaval, que es una fiesta tradicional en la que la máscara permite al ser humano dar libre salida a su instinto sexual reprimido, en Venezuela se convierte en un combate abierto, que se inicia con el uso del agua como instrumento de agresión y deriva en el uso de toda clase de sustancias y armas, de lo cual resultan heridos, contusos y muertos que llenan los hospitales y puestos de asistencia. En ninguna parte del mundo el carnaval asume estas características netamente venezolanas. En Brasil es

una fiesta de desbordada alegría, que encuentra en la danza su forma máxima de expresión. En las zonas del Caribe donde se practica el carnaval: Cuba, Panamá, Trinidad, es oportunidad para exhibir una especie de arte folklórico del amorío y del vestido que, con la combinación de danza y canto constituye, como en Brasil, una pintoresca atracción para turistas. Sólo en Costa Rica, pueblo de natural pacífico, donde no se celebra el carnaval, sino las llamadas Fiestas Patrias, que lo sustituyen, en los días finales de diciembre, pudimos observar una costumbre denominada de "la trompada libre", que permite dirimir durante esos días, sin penalidad ni intervención policial, las querellas pendientes, haciendo uso de los puños, sin armas ni artefactos contundentes, dando así desfogue a la agresividad contenida. Pero ¡qué diferencia! Los contendientes no son muchos ni las trompadas tantas, no obstante estar libremente consentidas.

Al fenómeno del carnaval podríamos agregar otras formas agresivas de habitual expresión en nuestro medio. En el Tercer Congreso de Trabajadores del Transporte nos referimos a las maneras cómo los transportistas de nuestro país se comportan en la ciudad y en la carretera. Dijimos entonces: "las ordenanzas prohíben tocar bocina en la calle, pero el chofer utiliza su bocina como si fuera una ametralladora; dispara con ella al peatón, dispara a los oídos de todo el mundo; quiere con ello, en cierta manera, expresar su poder y su agresividad y se vale de ese instrumento porque no tiene una ametralladora en las manos. La agresividad hace crecer al chofer que las calles son suyas, que las hicieron para él y no para el tránsito de la gente y ello ha convertido a las ciudades en un

infierno". En otra parte decíamos: "circuló la noticia de que en los túneles del Centro Simón Bolívar de Caracas había poco aire y se producía monóxido de carbono, que es un veneno mortal para la gente. Desde entonces los choferes adquirieron la costumbre de acelerar en los túneles y quien se detiene en ellos oye de inmediato el tronco de todas las bocinas que suenan dentro de los túneles: El miedo y la agresividad se unen en éstos para hacer del tránsito una tortura que deseáramos evitar. A los choferes, esos poderosos hombres de la máquina, les domina el miedo en los túneles, como a los pobres niños les horrorizan las brujas de los cuentos que viven en las cuevas y con las cuales les meten miedo los adultos. No tocan la bocina entonces por la agresividad de gente que quiere herir, sino por la actitud de gente que quiere huir de un peligro cierto o incierto, pero que imaginan muy grande".

La forma característica de comportamiento de los jóvenes, las frecuentes huelgas estudiantiles y las peleas agresivas de grupos en las universidades y en los liceos reflejan también desajustes en el comportamiento. Si se analiza esa conducta, se encuentra que los motivos alegados casi nunca corresponden a la naturaleza y alcance de las actitudes agresivas.

Es explicable, y ha sido puesta de manifiesto por el psicoanálisis, la actitud agresiva contra toda forma de autoridad, porque ello es una reacción en contra de la figura paterna representada en la calle por los profesores, por la policía y por toda persona que encarna las instituciones que garantizan el orden público. Ya lo observaba Corser, "El odio hacia el padre, derivado a otro objeto, puede

adscribirse a cualquier ente adecuado: patrón, policía o sargento". (Lewis A. Corser, ob. cit., pág. 57). Como la represión psicológica no permite agredir al padre o a la madre, la actividad agresiva se desplaza hacia otras personas, pero en Venezuela las instituciones no tienen todavía el poder de contención suficiente para inhibir los actos agresivos de las personas.

En los momentos de conflicto esta inhabilidad de las instituciones se pone más de manifiesto. El desbordamiento de aquella energía salida de madre se expresa con la muerte de policías y soldados, en la agresión hacia profesores y en los desórdenes callejeros que tienen el mismo sentido del carnaval, donde la agresión se justifica por la agresión misma y quienes la realizan, si fueran objeto de un minucioso examen, demostrarían perturbaciones que los ubican dentro de los candidatos de exacerbada agresividad extrapunitiva.

Pudiera decirse que la ola de agresividad no es venezolana solamente sino mundial y para ello puede alegarse que los cambios en la cultura han determinado también nuevas concepciones sobre la vida y sobre la conducta, sin haberse creado todavía ideales nuevos que conduzcan a formas de comportamiento adecuadas y en estrecha relación con los ideales o con las formas nuevas de vida que se propugnarían.

Se diría que la agresividad es una especie de tanteo dentro de las reacciones del aprendizaje mediante el ensayo y el error, pero tal afirmación, además de peligrosa, sería aventurada porque estaría justificando formas de agresión que

corresponden a estadios de desarrollo cultural ya abandonados.

Nuestra constante preocupación frente a los brotes desordenados y frecuentes de agresividad venezolana obedece a que ello señala procesos graves de desintegración, que a menudo no son comprendidos por los sectores afectados. Se piensa con alarma en la necesidad de ponerle remedio mediante la represión brutal, mediante procesos de agresiva contención, es decir, se pretende apagar el fuego con más fuego, sin crear las condiciones adecuadas de ambiente que favorezcan la integración. Los alarmados o asustados claman por la dictadura, tal el caso de un eminente, culto y bien intencionado médico, que frente a los tumultos de 1936 pedía al Presidente de la República que desenvainara la espada para contenerlos.

Siempre se hace la misma apelación, buscándole justificaciones al despotismo. Explica Corser que una cohesión débil de las fuerzas sociales es contraria a una “aceptación voluntaria de la autoridad”. La falta o la debilidad de la solidaridad interna de los grupos es propicia a los desbordamientos de las fuerzas dictatoriales, que así pretenden poner coto a la anarquía. En este libro explicamos que, en lugar de poner orden, las dictaduras crean el desorden. Son la tapa de una caldera en ebullición, sin conducto de escape, siempre en peligro de estallar. Los desórdenes de las dictaduras sólo se conocen después de la caída. El caos que dejaron las de Venezuela fueron y son las causas de la mayoría de nuestros desajustes. La caldera, sin válvulas de regulación se hizo mil pedazos.

Consideramos la institucionalización de la vida democrática, que fija límites normales a la libertad, dentro de la cual cada quien puede luchar sus combates sin desmedro de la dignidad de los ciudadanos, como medio para permitir una racional contención de la agresividad. La normal convivencia democrática desarma el brazo agresivo, limpia de inmundicia las lenguas de los maledicentes, lima de aristas agresivas los pensamientos de los escritores, es escuela de civismo y de hombría, que enseña a comportarse dentro de las limitaciones que el derecho señala y a reclamar las garantías condignas a la persona humana, reconocidas por la ley a cada cual. Solamente los que dentro de la esclavitud no pudieron adquirir los mecanismos de la contención, sin presiones envilecedoras, ni pudieron aprender el respeto sosegado a la dignidad de los demás, porque ésta se mide con la propia dignidad, inexistente en los epígonos de los despotismos, sólo éstos, repetimos, suspiran por las dictaduras y trabajan para sustentarlas. Además, en ello les va su propio interés, que es contrario al interés popular de los luchadores por mejores condiciones de vida, por mayor justicia social y por un respeto mayor para su cabal condición de ciudadanos.

Este libro fue escrito para combatir aquellas actitudes negativas, presentes todavía en grupos y personas, con grave peligro para el progreso institucional y cultural de Venezuela. Fue escrito para los jóvenes de hace treinta años, que, bajo la Presidencia de Ramón Velásquez, hoy director de El Nacional, se nos acercaron para pedirnos orientaciones tan necesarias entonces como ahora

y más ahora que entonces. Puede servir también para los jóvenes de hoy y para los que, no siéndolo ya, tengan interés en superar nuestras actuales condiciones de vida, creando ambiente propicio para una racional derivación y canalización de la agresividad.

Volviendo a la tesis sustentada por nuestro libro, sería la oportunidad de intentar la fijación de objetivos dentro de los cuales la juventud encuentre motivos de derivación de su pugnacidad, para gastar su energía combativa. Precisa crear tareas que entusiasmen a los jóvenes, hacerlos partícipes en las obras de desarrollo comunal, en las de ayuda y cooperación con los grupos encargados de preparar exposiciones, conjuntos corales, realización de obras de artesanía y de arte en talleres populares, la realización de creaciones que participen de la aventura y del descubrimiento y, sobre todo, deporte y juegos, en los cuales el respeto a la norma impuesta a los participantes forma la disposición para el respeto a la ley y a las instituciones. En estas tareas pueden ayudar los partidos y asociaciones políticas, culturales y sociales, dentro de las cuales el joven podría ser ayudado a medirse realizada obra útil y no como lo hacen los extremistas, destruyendo. También es saludable la obra de entrenamiento profesional de los jóvenes, conducida por el I.N.C.E., la organización de los clubes juveniles, los recreos, juegos y actividades dirigidas, todas ocupaciones de derivación y canalización de la combatividad, a la vez que de educación y formación de la personalidad.

La conquista del Oeste, tan extraordinariamente presentada en una película

reciente, fue para los norteamericanos, hombres y mujeres, una oportunidad para que un pueblo joven desplegara sus energías en la construcción de un país nuevo. El proceso de desarrollo económico que está viviendo la nación, las áreas de exploración y explotación de riqueza en la Guayana venezolana son también oportunidades para nuestro pueblo. Allí hay todo un campo para la creación y para hacer realidad con esfuerzo y sacrificio, el ideal de una patria nueva, en la cual todo venezolano puede sentirse realizador de su propio destino y realizador de un destino común.

Sin empresa común un pueblo no puede identificarse con el futuro que le tocará vivir. Ese futuro para los venezolanos está en Guayana y en todas las áreas de desarrollo que florecen en la amplia extensión de nuestra geografía y los jóvenes deben prepararse para intervenir eficazmente en ese proceso. La energía desbordante podrá utilizarse no en destruir riquezas ni en matar policías y soldados, ni en fomentar bochinchas a la manera de las comunidades sin objetivos y sin propósitos definidos. La energía del instinto agresivo del venezolano tendrá así un objetivo de derivación y una manera de canalizar, de sublimar o de desviar el cauce de sus angustias, sumergiéndose en el quehacer de una patria.

II

LA BANDERA LIMPIA Y EN ALTO

*Palabras pronunciadas en el acto de graduación
de las "Promociones Luis Beltrán Prieto
Figueroa, Miguel Otero Silva y
Fernández Morán", en Anaco,
julio de 1964*

Nombres y Promociones

Los profesores y alumnos del Liceo "Santos Luzardo" me han pedido que, en el acto de graduación, celebrado esta noche, diga las palabras iniciales. Parecería que para mí no es difícil tarea cumplir ese encargo, porque mis funciones de maestro y de parlamentario se desenvuelven normalmente mediante el uso de la palabra. Pero el caso es distinto. Aquí no se trata de desarrollar argumentos para exponer una tesis o para combatir posiciones adversas a las mías, o de dictar la lección para un auditorio de alumnos deseosos de aprender. Se trata de agradecer en mi propio nombre y en nombre de Miguel Otero Silva y de Fernández Morán, ausente de este auditorio esta noche, el homenaje discernido por una comunidad de estudiantes que han querido poner mi nombre y los nombres de Miguel Otero Silva y Fernández Morán, a su promoción. Acaso los jóvenes que así han procedido, encontraron en mi humilde persona de maestro alguna cosa de valía, que su generosidad exalta hasta convertirla en consigna para su actividad profesional futura. En el caso de

Miguel Otero Silva sus versos y su obra son recomendación. En el de Fernández Morán, seguramente su consagración a la ciencia fue motivo para que quienes se proponen continuar esas labores en la Universidad hayan escogido su nombre. En mi calidad de maestro quiero decir que si mi vida, de entrega total al magisterio, sin otro crédito resaltante, puede servir de consigna a una generación de maestros, me sentiría orgulloso de prestarles mi nombre, no obstante, mi resistencia a los homenajes rendidos a los hombres de polémica actuación, mientras unos aplauden lo que otros denuestan y rechazan, porque es de la humana forma de comportamiento esa de no estar conformes totalmente.

Siempre se aspira a más y nadie puede, de manera universal, servir de ejemplo. Este sólo es seguido por quienes sienten, piensan y quieren en forma semejante a quien desean parecerse, porque ya en algo se le parecen o porque de la persona escogida seleccionan alguna manera particular de conducta, con la cual no se identifican pero que juzgan buena y saludable.

La sabiduría popular ha reservado los homenajes y reconocimientos a los méritos que ya no pueden discutirse. En esa conducta popular no hay ingratitud ni dureza de corazón. Los hombres son juzgados, no sólo por los beneficios que producen, sino por los males que son capaces de causar y únicamente los muertos, si ya no pueden realizar el bien, están definitivamente incapacitados para producir maldad alguna.

Por ello, mi madre, que era una mujer sencilla de nuestro pueblo, nos aconsejaba a sus

hijos: "A los muertos se les debe respeto, porque todos los muertos son buenos. El diablo es malo porque es inmortal. Si el diablo se muriese, al otro día, con dolorido acento, todos dirían: «pobrecito el diablo, tan bueno que era él»" (aplausos).

Mientras los hombres respiran, mientras piensan y actúan, son objeto de polémica consideración, sobre todo si esos hombres tienen destacadas posiciones que otros ansían, o si la contrapuesta forma de su actuación ensombrece méritos extraños o disminuye posibilidades de éxito o lucimiento de quienes le adversan.

A los maestros, por la función que realizan dentro de las comunidades, pareciera que éstas les deben sólo admiración, respeto y reconocimiento, pero las generaciones crecidas a su vera se van separando de sus enseñanzas, sobre todo si el maestro no crece espiritualmente y no progresa con el ritmo de los tiempos y se va quedando rezagado. Las nuevas generaciones son iconoclastas. Su rebelde actitud les lleva a negar todo. Buscan un puesto bajo el sol y si éste se encuentra ocupado pugnan por abrirse paso. Cada generación quiere expresarse por sus ideas y por sus obras. Lo malo es que algunas veces le faltan ideas y su obra es sólo destrucción de cuanto existe hecho.

Abrirse paso es tarea de pioneros. Los codos, la violencia, suelen servir como instrumento para buscar caminos, pero quien así procede engendra odios, genera reacciones de más violencia y más odio. Sobre ese pedestal ningún mérito puede sustentarse, por válido que él sea. Las conquistas así logradas son tambaleantes.

Los jóvenes deben aprender a levantar su ideal como una bandera limpia y en alto. Encontrarán tropiezos en la marcha, pero éstos pueden vencerse si ponen a contribución ideas y esfuerzos renovados. Encontrarán en el mundo donde se mueven cosas malas, pero todas no lo son absolutamente. Acaso son buenas las más, y para ser mejores sólo requieren amorosa dedicación perfeccionista de una generación tras otra generación. El progreso es una cadena de esfuerzos, que se inicia en la incipiente obra del salvaje, para alcanzar expresión en los refinamientos de los tiempos nuevos.

La responsabilidad de los graduados

Asistimos ahora al acto de graduación de los bachilleres y maestros de esta escuela llanera. El acto indica que se ha cumplido una etapa. Se ha sobrepasado la educación media, que, en el caso de los bachilleres, los habilita para seguir otros estudios superiores y en el caso de los maestros para iniciarse en un trabajo, en una profesión. Unos y otros adquieren una responsabilidad que no habrá de concluir con el título universitario, ni con el cargo en la escuela. Saber más, elevarse por encima de la ignorancia popular no da derechos. Lo único que acuerda derechos a la consideración pública es el servicio y sólo quienes lo prestan con el espíritu levantado adquieren el derecho de ciudadanía. Es la obra la que recomienda. La promesa puede quedar sepultada en la inacción y el compromiso adquirido aquí, esta noche, puede frustrarse, si cada graduado, olvidándose de la comunidad sobre cuyos hombros se levanta, se

dedica a buscar la personal satisfacción o con el título se labra posiciones de medio solamente.

Los apaciguadores del odio

En estas tierras, de las que hablara en una forma extraordinaria, por lo que tienen de llano y por lo que en ellas crece, Rómulo Gallegos, quien dentro de dos días cumplirá ochenta años; en esta tierra, repito, es más lo que crece por encima del odio sembrado por generaciones anteriores y sobre las cercas puestas por Santos Luzardo, se ve a lo lejos floreciendo la esperanza de un pueblo que la había perdido definitivamente (aplausos nutridos). Santos Luzardo es un símbolo de esta tierra, porque se enfrentó a la barbarie que galopaba sobre nuestros caballos y que iba perturbando los espíritus para hacerlos cada día más bárbaros.

Santos Luzardo reaparece, no ya en el potro llanero para combatir a Doña Bárbara, sino encarnado en el espíritu de una institución levantada en el llano, de una institución que forma maestros y crea espíritus nuevos para la cosecha de una Venezuela futura; de una Venezuela que está esperando que la vuelta de Santos Luzardo haga posible la desaparición definitiva del espíritu que encarna “La Dañera” en nuestro suelo (aplausos).

Una generación de maestros se ha consagrado en este pueblo llanero de reciente fundación apenas de veinte años, adolescencia que le negra en el bozo, pero ya es una pujante localidad que se hombrea con las demás localidades de Venezuela, a una recia labor de formación humana. Este pueblo formado por hombres venidos de todas partes, es trasunto de la historia contada por el

poeta Miguel Otero Silva en su novela *Oficina No 1*, continuación de *Casas Muertas*, que es la expresión de una Venezuela que se fue, la desolación y el paludismo; la lucha del pueblo venezolano por superar el atraso. Por el contrario, *Oficina No 1* es la expresión de un espíritu nuevo que afincado en la tierra nuestra busca en su entraña la riqueza que poseemos para ponerla al servicio de todos, tarea en la cual no puede ser remiso ningún venezolano, cualesquiera sean su condición y la forma de cultura en que se haya formado. De la Venezuela anunciada en el llano de Apure, en *Doña Bárbara*, a la Venezuela de hoy, va el tránsito de *Casas Muertas* a *Oficina No 1*, va el tránsito del hombre abandonado de nuestra tierra al hombre en trance de crecer y conquistar para sí y para el pueblo entero el derecho a la libertad, el derecho a la justicia, que son el derecho al pan y el derecho a ser tratados como seres humanos (*aplausos*).

Esta noche reciben su título de maestro un grupo de jóvenes de este pueblo llanero. El maestro, que es uno de esos personajes de la obra de Gallegos, en “doña Nico” la madre de Cantaclaro, que despoja a los niños y les da nalgadas para que se sometan a su labor civilizadora, va también de la mano del poeta en *Florentino Coronado* y del científico que crea y levanta colegios en El Tocuyo, según se cuenta en *El Forastero*. Los tres personajes de Gallegos se unen esta noche para dar nombre a promociones de maestros y bachilleres, pero esta unión, esta solidaridad de la poesía, voz de los tiempos, anuncio de un nuevo día para los pueblos, el maestro creador de esperanzas y vivificador de la fe

y del científico realizador de lo que el poeta sueña y de lo que el maestro siembra; esta unión de los tres hombres de la novelística de Gallegos crea para ustedes, alumnos del “Santos Luzardo”, un compromiso con Venezuela, un compromiso de no quedarse en el camino, de empujar hacia adelante y de ayudar a que este pueblo alcance la libertad soñada, quebradero de cabeza de varias generaciones venezolanas (*aplausos*).

Aquí, muy cerca, junto a Cantaura, un hombre analfabeto de este pueblo, dictó una lección extraordinaria para los maestros y para quienes le siguen. Juan Sotillo, el de la lanza reluciente de las Batallas de la Independencia; el soldado de la Guerra de la Federación, un día, mientras veía agonizar a su hijo, médico de la Universidad, le dictó a su otro hijo, Miguel, una extraordinaria lección contra el odio y contra la venganza. Había caído muerto el médico y su hermano, el general Miguel Sotillo, hijo también de Juan Sotillo, intentaba fusilar a los prisioneros como revancha y el viejo guerrillero, rugiéndose sobre su analfabetismo y sobreponiéndose a su dolor de padre, le dijo a Miguel Sotillo, doctor de la Universidad: “Escriba, hijo, para que lo trasmita la historia, que Miguel Sotillo, doctor de la Universidad, quiere fusilar a unos prisioneros y que su padre, Juan Sotillo, que no sabe de letras, se opone a ello, porque a un hombre rendido no se le mata” (*aplausos*). Y esa lección del lancero de la Independencia la han olvidado los hombres venezolanos y a veces la olvidamos los maestros, los poetas y los científicos, porque el espíritu humanitario escondido en el analfabetismo de Juan Sotillo, que no era un analfabetismo del

corazón, ni un analfabetismo de la sensibilidad, no se ha puesto a vibrar generosamente a lo largo y a lo ancho de toda Venezuela, y es tarea de los maestros, es tarea de las gentes que ahora se forman en nuestros colegios, que ahora estudian en las Universidades, elevar el sentimiento venezolano, elevar la condición humana a fin de que la lección de Juan Sotillo siga siendo semilla promisoría para nuestro pueblo y para nuestra fe (aplausos).

Nada más que nuestro.

Maestros de la promoción “Luis Beltrán Prieto Figueroa”: mi nombre no intenta ser y no puede ser una bandera de odio tremolada por generación alguna de Venezuela. He sido y he querido ser nada más ni nada menos que un maestro. Y ser maestro es tener humildad de condición para ofrecer a los otros lo poco que sabemos sin pedir nada en cambio. Ser maestro requiere una constante dedicación al trabajo. Esta es una profesión de sacrificios, de estudio permanente. No basta la vida entera para dominar una ciencia tan amplia y tan complicada como lo es la ciencia de conducir a generaciones tras generaciones, de elevar el espíritu humano, de enseñar nuevos caminos a los jóvenes que vienen ansiosos a nuestra vera para pedirnos un consejo y para decirnos que les indiquemos cuál es el camino más corto para llegar a su destino. El camino más corto, los matemáticos dirán que es la línea recta tendida entre dos puntos. Pero ustedes, maestros, habrán de enseñarles a sus alumnos que la línea recta sólo es un camino ideal y que por él habrá de transitar nuestro pensamiento y nuestra devoción

cuando de Venezuela se trate, pero que en la vida los contratiempos, los inconvenientes hacen posible que el hombre aprenda a ir por la tierra llana sorteando los obstáculos, como quien va por el mar, según decía Andrés Eloy Blanco. Ir por el mar no es señalar el rumbo que habrá de seguirse invariablemente, porque las olas y el viento suelen cambiar la dirección que marca la brújula.

Maestros, para vosotros comienza una tarea que no termina cuando se cierran las puertas de la escuela. Una tarea que no comienza cuando abrimos las puertas del aula. Comienza una tarea que es de desvelos, que es de entrega y consagración de todas las horas, de todos los días, de todos los años. No es maestro, he dicho varias veces, quien quiere serlo, sino quien sabe serlo. Ese saber implica tener conciencia limpia para acercarse al corazón de los niños, para mirarse en ellos como en un espejo. Allí encontrarán el camino más recto, el camino menos espinoso para la tarea que les espera. La conciencia de los niños, que es espejo claro, indicará que no puede ser maestro quien se acerque a ese espejo para empañarlo, que no puede ser maestro quien intente superponer una voluntad dominante sobre un espíritu que crece; que no puede ser maestro quien todos los días no aprenda una lección nueva para trasmitirla a los niños que esperan de su palabra la orientación oportuna; que no puede ser maestro quien se conforma con las cosas que dan los libros de una biblioteca escasa, cuando se tiene biblioteca, porque el maestro ha de aprender en la experiencia y en la vida, y complementar en los libros, la gran ciencia de dirección humana que es su tarea fundamental.

Mi nombre es un nombre humilde de maestro. Si ustedes lo escogieron libremente, alguna cosa debió servirles de guía para esa selección. No querría entrar a discutir cuál es el mérito que ustedes señalan como predominante para hacer la selección de mi nombre, sólo quiero decirles que si algún mérito tiene mi obra de maestro es la de haberla hecho limpiamente, la de no haberme servido de mi condición de maestro para escalar posiciones, la de no pedir nada en cambio de lo poco que he dado y la de estar dispuesto siempre a dar más si el porvenir de Venezuela así lo exige y si las necesidades del crecimiento espiritual de nuestro pueblo lo pide en alguna manera.

Me comprometo de manera especial este homenaje que me rinden ustedes al escoger mi nombre. Me comprometo porque me obliga a permanecer en la misma condición y con los mismos atributos que me señalaron ante ustedes como candidato para distinguir con mi nombre a su promoción. Les agradezco ese homenaje y no obstante que, como dije antes, soy enemigo de los homenajes rendidos a los hombres vivos, porque hay el peligro de que tuerzan el camino, yo me comprometo con ustedes a no trajar caminos torcidos, para que no se arrepientan de llevar mi nombre (aplausos).

Esta noche es una noche de júbilo para mí: noche de emoción no disimulada. Dije al principio que era difícil para mí hilvanar un discurso, porque no se trata de palabras de más o de menos, pronunciadas ante un gran auditorio, sino de poner en las manos el corazón para decir a los jóvenes que no se trafican con una profesión como la del

maestro, porque ésta nos señala un camino de consagración al futuro; que no se trafica con una profesión donde las manos limpias son también trasunto de la conciencia limpia.

La siembra que ustedes realizarán no es una siembra para cosecharla cuatro meses después, ni un año después. Hay que esperar el crecimiento de la planta y veinte años después de abandonadas las aulas, apenas podremos tener noción clara del resultado de nuestra obra. Veinte años después de que el muchacho abandona los pupitres de la escuela primaria apenas podremos vislumbrar en un hombre hecho lo que hemos puesto en él por las obras cumplidas, que son los frutos de la educación. Estos frutos a veces nos reconciliaron con el espíritu humano de maldad y nos hacen pensar que no hay hombre, que no hay mujer, definitivamente malos si en su camino se atraviesa un maestro de escuela que, como “doña Nico”, despoja a los muchachos y les pone la palabra en la lengua para que aprendan a decir: Venezuela es nuestra Patria y sus maestros trabajan para hacerla cada día mejor, tierra de promisión donde todos nos sintamos hermanos en el esfuerzo, hermanos en el trabajo, hermanos en el propósito de ganar el porvenir, a fin de que el sacrificio de nuestros libertadores no resulte inútil porque supimos recoger la bandera y la estamos colocando en el tope de la aspirabilidad de nuestro pueblo.

Muchas gracias (nutridos y prolongados aplausos).

Anaco, julio de 1964.

LA PROYECCION DE UN MAESTRO

*Palabras pronunciadas el 8 de agosto de 1964, en
Valle de la Pascua, en ocasión de la entrega de
títulos a la "Promoción de Maestros Normalistas
Doctor Raúl Leoni"*

El magisterio de Rómulo Gallegos

Con motivo de la graduación del grupo de normalistas que hoy reciben sus títulos con el nombre de "Promoción Doctor Raúl Leoni", se me pidió que diese algunas palabras que tuviesen relación con la profesión de los maestros y en general con los problemas que confrontan la escuela y el magisterio venezolanos. No podía negarme, no obstante que mis tareas como Presidente del Congreso Nacional requieren mi presencia permanente en la ciudad de Caracas, porque mi condición de educador me impide estar ausente de toda oportunidad en la cual se exalta lo que el maestro representa para nuestro país y se valoriza cuanto él hace para que este país sea cada día mejor.

En lugar de escoger un tema para mi charla de esta tarde, preferí presentar la vida de un maestro ante los graduandos y ante los jóvenes de Valle de la Pascua, por cuanto lo que verdaderamente forma la conciencia del educando, la conciencia del maestro y la de toda persona deseosa de realizar obra de valía, es el ejemplo de los grandes hombres. La exaltación de esta vida de maestro puede servir de guía y de orientación para quienes se inician en las tareas del magisterio.

El maestro del Liceo Caracas

En esta semana pasada, Venezuela entera rindió homenaje a Rómulo Gallegos, maestro de la juventud venezolana, pero los homenajes tenían un sentido de exaltación del literato, del autor de Doña Bárbara, de Cantaclaro, de Canaima y de tanta obra magnífica, pero se olvidaba la labor sencilla, modesta, del maestro de escuela que un día, para hacer más eficaz su tarea de educador, escribió lecciones fundamentales en sus obras de ficción, que más que ficción son una manera literaria de trasladar al papel la vida y las angustias de nuestro pueblo.

Conocí a Rómulo Gallegos, el maestro, en el Liceo Caracas, en el año 1925, cuando estudiaba mi tercer año de educación secundaria en ese Liceo. Rómulo Gallegos, Director del instituto, era un hombre huraño, de cara hosca, de modales reposados, de palabra fácil, deseoso de impresionar a los alumnos que escuchaban sus clases o seguían sus consejos por la actitud que asumía dentro del Liceo. Para nosotros, los alumnos, Gallegos era un símbolo, el del maestro, que cumplía la tarea fundamental de formar juventudes, por tantos olvidada, porque del magisterio tomaban la parte adjetiva de dictar lecciones sin adentrarse en cuanto la función de dirigir significa para las nuevas promociones. Rómulo Gallegos a veces ahorraba la sonrisa. Acaso, con criterio de la época, pensaba que para los jóvenes las personas que ríen mucho no son gente respetable. Ahora no aconsejaría a los maestros que se enfrentan a sus tareas ahorrar la sonrisa, porque en ésta el maestro deja traslucir un alma clara, transida de angustia. Gallegos dejaba de sonreír, no porque tuviese el alma oscurecida, ni porque la angustia no le

apretase el corazón sino porque una manera de vida había apagado en él esta forma de comunicación con sus alumnos.

Nosotros en el Liceo, como en todos los colegios donde estudia gente joven, tomábamos los recesos para las libres expansiones del corazón juvenil y nuestro salón de clases se convertía en un hervidero de ideas, de inquietudes, de expresión del alma transida de los jóvenes. Algunas veces la clase era algo más que eso, un ir y venir de los borradores de las pizarras que ponían sobre la humanidad de los compañeros la marca de lo que en el aula había acontecido. Pero a cualquier ruido en los salones de clase, que eran muy pocos, ya que no se trataba como en la época contemporánea de grandes concentraciones de alumnos en un confortable establecimiento educativo, cualquier ruido, repito, era percibido por el Director, colocado detrás de su mesa de trabajo para seguir desde allí el trajinar de la vida estudiantil de los alumnos del Liceo.

Cuando escuchábamos la palabra de Gallegos, o sentíamos próximos sus pasos, silenciábamos todo ruido, toda forma de bullicio. Era el homenaje silencioso que los alumnos rendíamos al hombre en quien respetábamos al maestro y al conductor. Cariñosamente le apodábamos, por su cara adusta, "el chivo". Algún compañero se colocaba en la puerta del aula cuando realizábamos alguna forma de esparcimiento durante los recesos o cuando faltaba algún profesor, con el fin de que avisara la presencia de Gallegos. Un gesto o una palabra de ese compañero era suficiente para que no se oyese ni el ruido de una mosca.

La lectura de La Coronela

En esos días era el Liceo un hervidero de ideas nuevas. La generación del 28 se aprestaba en el Liceo Caracas teniendo como doctor a Gallegos. Nuestro curso había organizado una especie de centro literario donde se leían toda clase de trabajos, especialmente jocosos. Alberto Arvelo Torrealba, poeta del Llano Alto, de gran sensibilidad, compuso para el grupo una memoria especial sobre fenómenos físico-químicos malolientes y ruidosos que provocaban la hilaridad estudiantil. Algún otro contaba anécdotas regocijadas que Pedro Mendiri, Cándido González o Fico Rivero escenificaban montados sobre el mesón del laboratorio. Todos dábamos salida a la desbordante alegría provocada por la gracia de los compañeros.

En los días anteriores a la vacación de Semana Santa de 1926 había gran ajetreo en el Liceo. Rómulo Gallegos se disponía a viajar a los llanos de Apure con el propósito de documentarse para un capítulo de su novela *El Forastero*, inconclusa entonces. Un compañero de estudios, José Félix Barbarito, le había formulado la invitación. Gallegos recorrió el llano apureño en diez días y cuando regresó traía las alforjas repletas de ideas, de paisajes, de emociones, de vida venezolana; traía en el pensamiento no el capítulo para *El Forastero*, sino un nuevo libro que iba a immortalizarse en la literatura americana. Un compañero de curso, que hacía sus estudios como interno en el Liceo Caracas, bajo la vigilancia inmediata de Gallegos y de su señora Teotiste Arocha de Gallegos, un día se presentó a la clase

con un presente extraordinario, traía para leer en nuestro grupo un capítulo que él decía le había hurtado a Gallegos. El capítulo era el primero de un libro nuevo titulado La Coronela, que nuestro Director escribía con febril entusiasmo. Luis Villarroel, que así se llama el compañero, un muchacho de Yaguaraparo, hoy juez de Guatire, pequeño de cuerpo, enteco, vivaz, de voz entera, comenzó a leer: "Un bongo remonta el Arauca bordeando las barrancas de la margen derecha..." y ustedes saben que así comienza el capítulo inicial de la novela que después se llamó Doña Bárbara. Los alumnos del Liceo leíamos uno tras otro los capítulos que Rómulo Gallegos se dejaba hurtar de Luis Villarroel, con el propósito de que conocieran el libro antes que nadie los alumnos del Liceo. Con eso Gallegos no hacía otra cosa que provocar en la opinión de los estudiantes, que eran pueblo venido de los cuatro costados de la Patria, el sentimiento que él ponía en la obra que estaba escribiendo. Esa, que ha seguido siendo una actitud permanente de Gallegos, que tiene un sentido autocrítico extraordinario, le ayuda en el desarrollo de todo el proceso de su creación literaria.

Doña Bárbara nació y creció con el asentimiento de los estudiantes de aquel momento, con el de ese pueblo joven venido de los cuatro costados de la Patria, que encontró en la obra extraordinaria valores y los dio a conocer. Gallegos se regocijaba en la trastienda de las opiniones vertidas por los estudiantes, por sus discípulos, en quienes apreciaba, no la gran capacidad crítica, sino lo que hay de ingenuo y maravilloso en la mente juvenil que capta en la obra literaria no

solamente los valores de expresión sino los valores del sentimiento puestos en ella.

El sentido pedagógico de Doña Bárbara

La obra de Gallegos, que ya tenía historia expresada en varios cuentos publicados y en dos novelas: Reinaldo Soler y La Trepadora, tomó ámbito venezolano, continental y mundial con el aparecimiento de Doña Bárbara. Los críticos que han estudiado esta obra generalmente miran en ella la sabiduría literaria, su acento poético, las grandes descripciones del paisaje venezolano y los recios caracteres presentados por el artista como expresión del pueblo venezolano; pero pocos paran mientes en el sentido educativo, en el propósito encaminado a mejorar la condición bárbara de nuestro pueblo que es actitud permanente en la obra de Gallegos.

Juan Liscano, en varios ensayos sobre la obra de Gallegos, habla del valor fundamental de esta obra y de lo que significa ella como ejemplo. Dice Liscano que Gallegos, al presentar la barbarie venezolana como forma de expresión natural de la vida de nuestro pueblo, se enfrentó a ella para combatirla desde las páginas del libro, pero más con su vida, diciéndonos que el ejemplo de un hombre que toma el camino recto, que no transige con los modos bárbaros de expresión de nuestro medio, puede influir en el cambio, en el mejoramiento, contribuyendo a destruir la barbarie en sus propias fórmulas de expresión. Alaba Liscano el enfrentamiento a la barbarie, que es permanente en Gallegos, quien la combate resistiéndola, la combate oponiéndosele no con el arma en las manos para destruir y matar, a la

manera de los que intentan apagar el fuego con más fuego, sino que, plantado en medio del camino intenta torcer el rumbo de la pasión desbocada, poniéndole un dique de bondad y señalándole ruta nueva por donde ha de transitar el sentimiento civilizado de un pueblo que aspira a superarse.

La obra de Gallegos es ejemplar, es una obra de maestro. La presentación del llano con sus formas bárbaras de expresión de la realidad venezolana tiene el contrapeso en la actitud de Santos Luzardo. Es la fórmula de civilización contra barbarie usada por Sarmiento, otra gran maestro de América, pero Sarmiento para combatir a los bárbaros se hizo bárbaro también, y frente a los caudillos argentinos que seguían las huellas de Rosas y de Facundo Quiroga, Sarmiento aspiró a tener un título de general por el cual suspiró hasta obtenerlo, porque para él esa era la única forma de hombrearse con los bárbaros. El libro de Sarmiento, *Facundo, o Civilización y Barbarie*, es la historia de una pasión, de un sentimiento argentino, de un sentimiento americano. Refiriéndose a éste algunos críticos han dicho que, al presentar a Facundo y a la barbarie por él representada, Sarmiento estaba haciendo su propio retrato espiritual. De Gallegos no puede decirse cosa igual porque ha querido siempre diferenciarse de los bárbaros, ser el maestro simplemente, ser ejemplar. Nunca ni en ninguna parte asumió formas que pudieran identificarlo con los personajes que combatía. En algunas de sus novelas hay formas autobiográficas de la propia manera de ser y de pensar. Santos Luzardo pudiera ser el propio Gallegos civilizador. Mariano Urquiza, el maestro que figura en *El Forastero*, publicado

muchos años después de Doña Bárbara, puede identificarse con Gallegos. Algunos otros personajes de su obra son un vuelco de su espíritu atormentado. Se dice que no hay ninguna obra novela que no contenga en alguna manera ciertas formas autobiográficas; que el autor pone en la novela parte de lo que él es y al hacer la historia de los personajes hace su propia historia. Gallegos ha realizado eso y en sus novelas él representa el espíritu de transformación, el de guía espiritual de un pueblo enfrentado a la barbarie. Por ello puede ser ejemplar para los maestros que esta tarde reciben sus títulos en Valle de la Pascua y se aprestan, ya preparados, para el ejercicio de una profesión que no agota su aprendizaje con la entrega de un germen. Algunos creen que ser maestro es tarea sencilla, en la cual se inicia el aprendizaje cuando se entra en la escuela normal y se termina cuando se recibe el título de educador. Yo diría que el primer día del ejercicio profesional de magisterio es también el primer día de aprendizaje profesional del maestro. La escuela normal no hace otra cosa que entregar al maestro algunos instrumentos para que no se pierdan en el camino. La escuela normal entrega una brújula al maestro. El piloto de una nave también encuentra en la cabina de dirección un compás de marear señalador de rumbos, pero no es el compás quien da el camino y fija el destino de la nave sino el piloto con la rueda del timón entre las manos. Así también los instrumentos que la escuela normal entrega al maestro durante los años de aprendizaje en sus aulas, que culminarán con el título, no significan nada si detrás, empuñando seguro las ruedas del timón de esa gran nave de la educación del pueblo,

no vigila el maestro. Los instrumentos de conducción son eficaces para quienes saben usarlos y ese uso requiere en el educador un aprendizaje permanente, que no se agota nunca. Como el marino ha de llevar siempre la mano puesta sobre el timón para que no se desvíe la nave, también los maestros han de estar en permanente vigilancia, preparándose para el servicio, con el manejo de los elementos de la vida diaria, adquiriendo y analizando las experiencias que se derivan del trabajo escolar para no encallar en la rutina limitadora e infecunda, observando y valorando lo que acontece en el dintorno de la escuela para incorporarlo a su labor formativa. Los libros son útiles, pero no lo son todo. Los libros son valiosos y a ellos ha de acudir en busca de inspiración para el trabajo que se realiza; pero los libros a veces son fórmulas muertas que el maestro ha de vivificar con su propio espíritu y con su trabajo. Es la vida la que enseña y para el maestro esta vida debe tener su sentido, una orientación que él debe desentrañar permanentemente.

Esa capacidad de resistencia señalada en la actitud de Rómulo Gallegos frente a la barbarie venezolana, es también actitud que corresponde al maestro venezolano para no dejarse arrastrar por la corriente, para no dejarse llevar de la mala pasión de un día de insegura vida, para no dejarse convencer por aquellos que soplan a los oídos de los conductores con el fin de que tuerzan el rumbo y echen a andar por los atajos, separándolos del corazón del pueblo.

Resistir, maestros, es difícil, sobre todo cuando no se está alentado por la pasión, por el sentimiento, por la angustia de crear cosas nuevas

y valiosas. Pero quien no sabe resistir, quien se deja llevar por la corriente, pierde autenticidad, se convierte en brizna de paja en el viento, para aludir el título de una de las últimas obras de Gallegos. El maestro no debe dejarse arrastrar, no puede ser brizna de paja en el viento, sino hito plantado en el camino, que señala el rumbo a los navegantes; debe ser conductor, no solamente de los demás, sino conductor de sí mismo. Quien no sea capaz de gobernar sus propias pasiones, de dirigir su propio espíritu, de encontrar por sí mismo el camino mejor, no está capacitado para señalar el camino a los demás. Para dirigir a otros es necesario e indispensable saberse dirigir a sí mismo y eso nos lo ha enseñado Gallegos con su obra literaria y con su vida larga de sacrificios y de amorosa consagración a Venezuela.

No sé si ustedes recuerdan a Doña Bárbara, a Pobre Negro, a Canaima y a Cantaclaro, que yo quiero exaltar esta tarde como los cuatro textos fundamentales de la pedagogía venezolana. En Doña Bárbara aprendemos a conocer una Venezuela en la cual el hombre angustiado ante una naturaleza bravía busca los medios para luchar contra ella y vencerla, evocando aquella admonición de Simón Bolívar en la plaza de San Jacinto de Caracas, cuando las voces reaccionarias atribuían a la revolución el castigo que recibían los venezolanos con el terremoto que destruyó a Caracas y otras ciudades de la República: "Si la naturaleza se opone a nuestros designios, lucharemos contra la naturaleza y haremos que nos obedezca". Santos Luzardo al llegar al llano llevaba también ideas de transformación de nuestro país, iba con el propósito de luchar contra la naturaleza

para hacerla obedecer, para cambiar el modo venezolano de existencia bárbara por un modo de vida civilizado. ¿Y qué es la vida de una nación sino este constante enfrentarse a la naturaleza bravia para cambiarla y ponerla a nuestro servicio, al servicio de la humanidad, al servicio de nuestro pueblo? Eso hemos hecho, eso estamos haciendo, como ustedes lo palpan. Las cercas que pedía Santos Luzardo, que están creciendo en el llano, a la vez que impiden los choques bárbaros entre propietarios colindantes, ayudan a la doma del ganado salvaje; ya los caminos, antes inexistentes, surcan toda la rugosa superficie de nuestro suelo para el tránsito de la civilización; ya a casi todas partes llega la luz eléctrica y el radio y el teléfono y la televisión; en todas partes se levanta una escuela y en todas se encuentra un maestro enseñando a deletrear un alfabeto de dignidad a nuestro pueblo.

En Cantaclaro Gallegos exalta esta función del maestro en una humilde mujer del pueblo, doña Nico, la madre de Florentino Coronado, que colocándose a los niños sobre las faldas los despojaba. Para imponerles esta saludable e higiénica tarea les daba también nalgadas que ponía de manifiesto el viejo proverbio, afortunadamente abandonado por los maestros de hoy, según el cual "la letra con sangre entra".

"La estrella en la mira"

El penúltimo capítulo de Doña Bárbara tiene un título de poética significación: "La estrella en la mira". Allí se cuenta cómo, La Dañera, enamorada de Santos Luzardo, recogidos sus pasos, quería presentarse como una mujer nueva, redimida de barbarie, pero sufrió una regresión y celosa de su

hija Marisela, ya metida en el corazón del dueño de Altamira, se le colocaba por delante. Deseosa de suprimir todo obstáculo, la mujerona de los Llanos, se fue por el camino de Altamira buscando un encuentro final.

Cuando llega a la casa, Marisela conversaba con Santos Luzardo, después de la comida. La mujerona, poniéndose a tiro de revólver, a través de las ventanas apunta al corazón de su hija, pero la noche clara sobre el pavón del arma reflejaba las estrellas y con éstas surgió también el brillo interior de un recuerdo amable, el recuerdo de Asdrúbal, su único amor puro. Como en un vuelco del atormentado espíritu se sustituyó en la hija, que en ese momento estrenaba un sentimiento de amor como el que ella alentó por Asdrúbal y bajando el arma homicida sintió estremecida el alma del sublime amor maternal.

Para los maestros, ¿qué significación tiene ese capítulo? ¿Los hombres y mujeres de Venezuela qué consecuencias deducen del título poético de ese capítulo con regusto bárbaro en el fondo? Del contenido de esas páginas admirables podemos concluir que cuando en el espíritu del hombre, en el espíritu del niño colocamos algún sentimiento noble, alguna idea generosa, éstos hacen su propio camino y en los momentos en que despierta el bárbaro, convocando al hombre para las malas obras, la idea general, el sentimiento noble, obran como "la estrella en la mira", hacen bajar el arma asesina y elevan al alma hasta hacerla alcanzar la copa levantada, donde se prodiga en flor de bondad la semilla de amor puesta en el corazón en las horas primigenias de la formación de la mente. Por eso "estrellas en la mira" pueden ser las obras del

maestro; "estrellas en la mira" puede tornarse la palabra candorosa de la madre derramada sobre la mente del niño; "estrellas en la mira" puede ser el afecto sembrado en el alma ingenua de nuestro pueblo para impedir que en la hora de llamada de instinto se entregue a la barbarie, porque sobre el arma asesina se derrama luminoso como un polvo de estrellas cuanto contiene el alma de la humana bondad escondida y sin uso.

Maestros de este Valle de la Pascua florecida, la tarea de hoy es apenas una iniciación en el tra bajo que habrá de tocarlas en este llano, donde por encima de las cercas levantadas, de acuerdo con el pensamiento de Santos Luzardo, para impedir el tránsito de los ganados entre los fundos comuneros, está creciendo, no el odio que nos separó, sino el amor venezolano que llama a todos a la colaboración y al trabajo en común.

El llamado de la tierra para la obra creadora

Construir una patria es un trabajo de generaciones tras generaciones. Es la obra de sus maestros codo a codo con su pueblo y ustedes deben realizarla pensando en la transfigurada tierra de los ríos inútiles, donde el agua sobra pero la tierra es dura y reseca, la tierra de Canaima, donde ahora está creciendo una Venezuela nueva, porque el hijo de Marcos Vargas, ya graduado de doctor en una universidad venezolana, regresa a su suelo guayanés, no ya para extasiarse sobre una naturaleza o para padecerla, presa en su destructora fascinación, no ya para contemplar indignado el tránsito de la indiada infeliz, explotada en una tierra de promisión, sino para encontrar fórmulas adecuadas para aprovechar los

ríos inútiles. Por eso, allí Guri aparece como un milagro de la técnica. El río tormentoso que antes dejaba caer sus aguas sin uso en el Orinoco, el Caroní, al cual llamó Andrés Eloy Blanco "Bucéfalo de los ríos de América", es ahora una fuente de riqueza, porque sus aguas mueven turbinas eléctricas generadoras de energía para empujar el desarrollo económico y social de Venezuela. Gracias a esa energía, el hierro es transformado, allí están haciendo una vida nueva, una patria nueva. Los maestros recién graduados deben aprender en Guayana el nuevo devocionario de patria, para infundirlo en todos los corazones venezolanos que habían perdido la fe en sus propias energías, en nuestras propias virtualidades de pueblo joven.

Los maestros van a reunirse en Guayana dentro de dos semanas en su XIX Convención Nacional, no sólo para discutir los problemas de la educación sino para empaparse del nuevo espíritu que está creciendo allí. Lo anunció Gallegos en *Canaima* y el hijo de Marcos Vargas, el héroe de esa novela, ha regresado a su tierra para realizar la cancelación de un ciclo bárbaro o iniciar al mismo tiempo el florecimiento de una nueva actitud, de una nueva forma de vida, que incorpore definitivamente la riqueza del suelo como patrimonio integral de todos los venezolanos. Pero, maestros, no hay patrimonio valedero, ni forma de realizar con él mejoramiento económico y social del ser humano, si no se ponen a contribución todos los esfuerzos del hombre, si los maestros, si el pueblo entero no aprenden que la única forma de hacer valer nuestra riqueza y aprovecharla es trabajar tesoneramente para que los ríos inútiles produzcan energía, rieguen y fertilicen valles y sabanas para la

'siembra' y el pastoreo y si del seno de la tierra, en esfuerzo venezolano, no sacamos los minerales allí depositados para mover toda una industria nacional en el aprovechamiento de esa riqueza.

Maestros, han terminado las lecciones de la escuela normal. Para ustedes comienzan ahora las lecciones de la vida, que son lecciones de responsabilidad con el porvenir de Venezuela. Ustedes forman parte de ese porvenir. El pueblo ha de entregarles su tesoro más valioso, que son los niños y ustedes habrán de responder por lo que hagan en el corazón de esos niños. Yo les auguro grandes éxitos si saben comprender que la tarea del educador es una tarea de todos los días y de todos los lugares, que para el ejercicio eficaz del magisterio es necesario estudiar siempre, que no basta una vida entera para dominar la ciencia de la educación, complicada ciencia de dirección del espíritu humano. Han de aprender que si el espíritu humano es distinto en cada ser, cada alumno requiere tratamiento adecuado a su singular condición. Yo espero que ustedes, en el estudio y el trabajo aprendan que la obra de los maestros cobra sentido y se arraiga en la vida del pueblo cuando se consagra íntegramente, sin egoísmos limitadores, al servicio de los grandes e impostergables intereses de la nación.

Muchas gracias. (Nutridos y prolongados aplausos).

ANDRÉS ELOY BLANCO, EJEMPLO PARA LA JUVENTUD

*Publicado en el número 4 de la Revista Giraluna
del Liceo Andrés Eloy Blanco, de Caracas, el 4 de
mayo de 1960*

Los alumnos del Liceo "Andrés Eloy Blanco" tienen en el nombre de su Institución educativa un permanente estímulo y un compromiso permanente, porque en el período de formación de la personalidad adolescente, cuando se busca un guía que indique la mejor senda para alcanzar una vida digna, Andrés Eloy Blanco puede marcar, señor, un destino de hombre consagrado al servicio de su pueblo, fiel a sus compromisos de ciudadano, puntual en el deber de forjar una patria para todos.

En Andrés Eloy Blanco el poeta está a la altura del hombre. De sus versos trasciende la lección que en sus actos se hizo enseñanza que todos podían aprender. No usó la inteligencia como azote ni hizo de sus letras burlador de sus compromisos con la nación. Se dio entero en la obra y por ello le lleva Venezuela dentro del corazón. En sus versos está lo que hay que hacer es dar más, sin decir lo que se ha dado, lo que hay que dar es un modo de no tener demasiado y un modo de que otros tengan su modo de tener algo. (Giraluna, "Canto a los hijos")

En el diario enseñar para los hijos quería que su bondad los penetrara, para que siendo buenos, no sólo dieran, sino que lucharan a fin de que los beneficios pudieran llegar al pueblo, y así les dice: Por eso quiero, hijo mío, que te des a tus

hermanos, que para su bien peleés y nunca te estés aislado. (Giraluna, "Canto a los hijos")

Allí tienen los jóvenes la lección de la entrega. Pelear para que todos alcancen felicidad, para que el pan no sea regalo de unas mesas y angustia de mil bocas que no pueden lograrlo. La solidaridad del esfuerzo hace más provechosa la parcela que damos y que en el aislamiento egoísta sería infecundo peguil. Resecco. Andrés Eloy, sin dejar su singular postura, fue un hombre-pueblo. En su gota de humanidad se reflejaba el pueblo entero y tal la causa de que éste se sintiera vibrar en sus versos, donde palpita siempre la esencia más pura de sus anhelos y de sus penas, que Andrés procuraba resolver dándose entero. Esa virtud de darse la enseñanza de Eloy y la hizo práctica cotidiana y aspiró prolongarla en el futuro, después de la muerte inevitable. Quiso ser faro puesto en todo cruce de caminos para que los jóvenes no se extraviaran nunca, faro de la Giraluna consorte, porque para él "cuando se tienen dos hijos se tienen todos los hijos de la tierra". Y su luz está allí, alumbrando siempre con claridad serena y su mandato para los jóvenes es ponerla en alto: A los hijos les entregó su luz, su inmenso brillo interior, para que lo llevaran, pero no ha de entenderse que eran sus hijos solamente los dos nacidos del ejemplo, faro del sacrificio, luz de ciudadanía, alta y brillante, desde donde se alumbraba un derrotero de pueblo que labra con esfuerzo su destino.

Mi luz, mi pobre luz a ti confío, farol en tu pasillo, veladora en tu cama; no digas que es linterna para encontrar un hombre, sino luz de sereno que ayuda a los que pasan. En las noches de luna, cuélgala en el camino, en las de tempestad

ponla en la playa, haz de mi luz un hecho que
ilumine tu mano y de tu mano un hecho de tierra
iluminada. (Giraluna, "Canto a los hijos")

SALUDO A UN GRUPO DE JOVENES NORTEAMERICANOS

*Palabras pronunciadas el día 8 de agosto de
1965, con ocasión de la visita al Congreso
Nacional de un grupo de jóvenes
norteamericanos "Operación Amigo II"*

El Congreso de la República de Venezuela, por mi intermedio, da la bienvenida a los jóvenes norteamericanos que visitan nuestro país para establecer relaciones cordiales con la juventud y con el pueblo de Venezuela.

Este saludo del Congreso Nacional, por intermedio de su Presidente a los jóvenes norteamericanos, intenta además establecer un lazo de solidaridad con el pueblo norteamericano, al cual nos acercan vínculos porque pertenecemos a un mismo continente y porque problemas comunes nos ligan en la historia y en la geografía.

Han comenzado ustedes esta visita al Congreso de Venezuela con la entonación del Himno Nacional de Venezuela, como homenaje a nuestro país. Ese himno tiene una historia ligada a nuestra independencia y en él se expresa el propósito del pueblo venezolano de conquistar la libertad y mantenerse en ella. Su primera frase anuncia una ruptura de las cadenas de la esclavitud: "Abajo Cadenas". A ese grito entonado bellamente por ustedes, huye el egoísmo que separa a los hombres y a los pueblos. Al escuchar nuestro himno en boca de ustedes quiero pensar que entre los intereses comunes que unen a la poderosa nación del norte y a las naciones de la

América del Sur, el egoísmo no debe existir. Sólo quisiéramos que existiese un lazo común de afecto que nos lleve también a realizar unidos ese propósito de libertad de los hombres y las mujeres de nuestro continente.

Los jóvenes de Venezuela, los jóvenes del continente americano unidos a los jóvenes de Norteamérica, estoy seguro de que trabajarán unidos para crear un clima de convivencia, que haga de esta América un continente no sólo para la libertad, que la libertad puede significar poca cosa cuando para sostenerla no se pone entero el corazón y no se eleva el pensamiento por encima de los intereses particulares.

Jóvenes norteamericanos, jóvenes venezolanos: están ustedes en la Casa de las Leyes de Venezuela, en la casa donde se forja la democracia que todos estamos obligados a defender y a respetar. Esa democracia nos iguala a todos en deberes y en derechos. Espero que esta visita de ustedes a Venezuela contribuya aún más al conocimiento de nuestro país por los jóvenes del norte y al conocimiento del pensamiento, del sentimiento y de la acción norteamericanos por los jóvenes venezolanos. Propósito común es el de forjar la amistad de América. Nuestro Libertador Simón Bolívar, en días iniciales de la lucha por nuestra independencia, consideró a América como la patria común de todos los americanos. Una patria donde no haya fronteras que nos separen, una patria donde todos nos sintamos libres y felices, donde se pueda trabajar por la solidaridad de los hombres, por la estabilidad de las instituciones, por el progreso común y donde todos también, sintiéndonos libres, nos sintamos

obligados a trabajar por el bienestar de todos y cada uno de los habitantes de este continente. Este se ha llamado el continente de la libertad, el continente de la esperanza. La primera Constitución escrita del mundo nace en los Estados Unidos, la cuarta es la que se dicta en Venezuela, porque la segunda fue la de Francia, la tercera la de Haití.

Ese mismo proceso de independencia, ese mismo proceso de creación de instituciones para la libertad une a las generaciones nuevas de nuestro continente en el propósito de mantenernos libres, pero la libertad es un compromiso de todos los días y solamente puede merecerla quien se sienta capaz de defenderla y quien con el corazón en las manos ponga a disposición de todo un continente, de todos los habitantes de este continente, el generoso aporte de su fe en los destinos del mundo (aplausos).

Caracas, 18 de agosto de 1965.

III

LAS TAREAS DE LA ADOLESCENCIA

*Conferencia dictada en Maracay, el 10 de mayo
de 1963*

El análisis de la adolescencia es, en realidad, una tarea que, si puede realizarse desde la cátedra por el maestro o por el psicólogo, tiene importancia que la realicen los que, para emplear un término médico, sufren la enfermedad. Es difícil que la gente se asome a su propia vida. Es más fácil y espectacular mirar a los demás que mirarnos a nosotros. Desdoblarnos, entregarnos enteros, para colocarnos ante nosotros como frente a un espejo, no es tarea sencilla. A veces es irrealizable. Este proceso lo llaman los psicólogos de introspección o introyección. Introspección, porque el individuo se mete dentro de sí, para analizarse. Al joven sin experiencias, más que al hombre y a la mujer experimentados, este proceso le es difícil, porque ante él actúan una multitud de factores que son como alfileres que le punzan y que le obligan a mirar hacia afuera, hacia los alfileres, sin darse cuenta que es él mismo quien se está dirigiendo las punzadas...

La adolescencia es un período que, como su nombre lo indica, expresa el propósito de la naturaleza de hacer del niño un hombre. Es un período de crecimiento que va desde el nacimiento hasta la adultez. Algunos consideran que es un tránsito desde la niñez al hombre adulto. Otros afirman que la adolescencia está signada por caracteres biológicos y psicológicos, que

determinan el comportamiento del individuo. Las glándulas del adolescente segregan en ese momento gran cantidad de hormonas que producen un crecimiento acelerado. Este crecimiento va apagándose a medida que intervienen otras glándulas frenadoras.

Adolescencia viene de la palabra latina: *adolescere*, crecer. Es proceso no solamente físico, sino también mental y social. Porque quien crece físicamente vive dentro de un medio social al cual se adapta, dentro del cual se convierte de niño en ciudadano, de persona llevada de la mano en persona capaz de conducir a otras. Ese tránsito implica ciertas responsabilidades, que emanan del hecho mismo de cambiar.

Los psicólogos establecen que cada etapa de la vida tiene una tarea. Son las tareas sociales de cada edad. Cuando el niño tiene dos años, comienza a hablar. Cuando sus piernas están endurecidas comienzan a caminar. A los tres años el niño afirma su personalidad mediante la negación; es el período de los 10. El niño se convierte en el mandón de la casa que a todos ordena y a ninguno obedece. A este período sucede otro de simpatías compartidas. A los cuatro años el niño adquiere cierta gracia y desenvolvimiento, se introduce en el ambiente con las palabras, con los gestos, con la sonrisa. Cada edad de la vida tiene una tarea que no puede cumplirse hasta tanto no se haya dado el desarrollo o desenvolvimiento que el organismo requiere para realizarla. Es inútil que queramos enseñar a hablar a un niño de nueve meses, porque no aprenderá. Es inútil que queramos hacer caminar a un niño de cuatro meses. Si lo intentamos, no podrá sostenerse sobre las débiles piernas, que se

arquearán y lo harán caer al suelo. Las mamás dicen en estos casos, para justificar el fracaso: "No tienen dureza todavía para caminar". Así, también, en la sociedad la gente pretende hacer cosas sin haber adquirido la dureza, sin tener el desarrollo y la capacidad para hacerlo. Las tareas sociales tienen una época, tienen un momento, requieren un desarrollo adecuado.

Un pedagogo romano-español, Fabio Quintiliano, en sus "Instituciones Oratorias", decía que cuando queremos vaciar un líquido en un frasco de boca pequeña, tenemos que actuar lentamente. Si actuamos precipitadamente el líquido se bota y el frasco no se llena. Las mujeres que trasiegan perfumes de frascos grandes para los pequeños recipientes que llevan en los bolsos saben, por experiencia, que si el perfume se vierte poco a poco, el frasco pequeño se va llenando también poco a poco.

Quintiliano hacía su observación para señalar que no se le puede dar instrucción, educación, formación, a una persona que no tiene capacidad para adquirirla, que la adquisición no puede hacerse bruscamente sino por etapas, lentamente.

En la adolescencia la gente tiene ciertas capacidades, ha adquirido cierto desarrollo para cumplir un limitado número de tareas sociales, determinadas actitudes en la vida de la colectividad.

La adolescencia es, como ya advertí, un período de crecimiento, pero es algo más que eso. Es también un período en el cual el hombre que crece va desarrollando su personalidad, busca un

modelo, busca al alguien a quien parecerse, pero algunas veces el joven no quiere parecerse a nadie, quiere ser él mismo y en esta búsqueda de un modelo puede también desorientarse o escoger por modelo una caricatura. Por ello los educadores, los políticos, los padres y los propios jóvenes debemos evitar que en esta búsqueda de un modelo la gente se conforme con la caricatura.

La adolescencia tiene dos períodos que podemos llamar físico uno y otro período social. El primero es el que un psicólogo francés denomina de las angustias pubertarias. En este período hay dos fenómenos característicos y que el mismo autor llama “élan” del cuerpo y “élan” del corazón.

El impulso del cuerpo

En el adolescente que crece se producen una serie de transformaciones. En la muchacha, entre los nueve y los diez años, comienza la glándula pineal a segregar una cantidad de hormonas que determinan —y esto no está bien definido— el crecimiento acelerado. Esta glándula, que inicia la segregación de sus hormonas en la niña de nueve a diez años, retarda sus actividades en los varones y la segregación no se produce en éstos sino uno o dos años después, más bien dos que uno. El desarrollo de las niñas es más acelerado que el de los niños. La muchacha se hace más pronto mujer que el muchacho hombre. Son más rápidas las mujeres en este sentido. La adolescencia para las mujeres, que se marca con la primera menstruación, se alcanza entre los doce y los trece años y en algunas este fenómeno se produce a los once años. Entre los muchachos, el aparecimiento de las características del adolescente pleno, son

menos fáciles de advertir o palpar. El fenómeno se produce con las primeras poluciones, entre los trece y los catorce años.

La segregación de las glándulas del timo va acompañada de un alargamiento de los huesos. Estos comienzan a crecer aceleradamente, especialmente el cuerpo central y las cabezas de los huesos largos, pero llega un momento en que esas zonas se calcifican, deteniéndose su crecimiento. La muchacha, generalmente, a los dieciséis años es una mujer, ha llegado a su estatura normal, a la que tendrá como adulta. El muchacho todavía sigue creciendo hasta los dieciocho o veinte años, porque empezó más tarde. La mujer, que se adelanta al varón, deja de crecer más pronto, mientras el muchacho lo sigue haciendo dos años después. El crecimiento del cuerpo y el desarrollo de las glándulas sexuales son dos fenómenos fundamentales de la pubertad y que le sirven de anuncio. La segregación de las hormonas sexuales son indicación de que la pubertad está en pleno apogeo.

Dos tesis pretenden explicar el crecimiento adolescente. Según la primera, el timo que segrega la glándula pineal es responsable del crecimiento acelerado, pero el desarrollo de las glándulas sexuales y de las suprarrenales, con la segregación de sus hormonas, frenan ese crecimiento, lo regulan, hasta que lo paralizan totalmente cuando éstas predominan, hacia los dieciséis años, en la muchacha, y hacia los dieciocho, en el muchacho. Si después de esa fecha continuara funcionando la glándula pineal, se produciría el caso anormal del gigantismo, así como se produciría el enanismo si esa glándula no inicia su funcionamiento en tiempo

oportuno o definitivamente no funciona. Esta tesis, que puede ser cierta, no tiene comprobación científica.

La otra teoría introduce un elemento social en el desarrollo. Sin negar el valor de la acción glandular, sostiene que a ésta va unido un proceso social, dentro del cual el adolescente se adhiere a determinados valores, a determinadas formalidades sociales que constituyen la base del comportamiento del individuo y contribuyen a su maduración.

La pubertad se reconoce exteriormente por los llamados signos secundarios, tales como la amplitud de los hombros en los muchachos y el ensanchamiento de las caderas en las muchachas; el aparecimiento de vellos en las llamadas partes húmedas del cuerpo y por el crecimiento de los senos en la mujer. Estos fenómenos secundarios son fáciles de apreciar a simple vista. Además, al muchacho le cambia la voz; deja escapar los "gallos". La muchacha llora, ríe sin causa, hace estrépito. Estos signos secundarios, que son el anuncio de algo que está trepidando por dentro, son avisos para los padres y los maestros que han de seguir atentamente el fenómeno.

Los muchachos que crecen se ven las manos que cada día son más grandes, sienten ese crecimiento. El crecimiento de los huesos es tan explosivo, que la piel se agrieta porque no tiene tiempo de adaptarse al crecimiento de los huesos. Ese período es el llamado de los calzones cortos. Las madres se ven precisadas a alargar los ruedos de los calzones varias veces para seguir el ritmo del crecimiento.

También se le llama la época del pavo, porque el muchacho se esponja, queriendo mostrarse ante los demás; pero en el adolescente, como en la persona que silba en la noche, cuando tiene miedo, también esta apariencia de personalidad destacada del pavo se viene abajo ante el más mínimo soplo. Sin que deje de existir una vida psicológica intensa, en la pubertad lo que más se destaca es el crecimiento corporal, que, como el tamaño de las manos y los pies, produce angustias en los muchachos, que se tornan inhábiles, incapaces de dominar instrumentos que cambian y se le hacen temblorosas.

Ante mis recuerdos de infancia aparece nítido el de mi hermana mayor en plena pubertad, que con sus manos inhábiles dejó caer una caja donde se guardaba la escasa vajilla de la casa. ¡Cómo recuerdo su llanto desesperado y las reprimendas de mi madre que envió a buscar prestados platos para comer a la casa de la abuela! Recuerdo que mi hijo mayor, ahora economista, en un día de mudanza quería ayudar a la madre a trasladar vasos y copas, llevado por el deseo de cooperación, tan vivo en los muchachos, pero mi señora, temerosa de un desastre, le advirtió: "No, no las toques, porque tú lo rompes todo". El muchacho, que quería servir, miró recriminada una inhabilidad, de la que no tenía la culpa y se hizo palpable que otros conocían la inferioridad que sentía, agravándola más. En esos casos nada se gana con las reprimendas, ni con el rechazo intempestivo de una colaboración ofrecida. Preferible sería desviarle la atención, poniéndole en otra ocupación, porque la inhabilidad de los adultos para abordar los problemas de los

adolescentes mortifica más a éstos, porque se sienten incomprendidos. Quieren agarrar con las manos pequeñas que tenían de niños, pero éstas están cambiando, son manos nuevas que no saben usar aún. Como quien lleva guantes, que al perder contacto con las cosas no pueden manejarlas bien, así el muchacho con las manos nuevas pierde la habilidad que de niño le hacía más seguro.

Son frecuentes en los adolescentes los cambios bruscos y sin aparentes motivos, pasan de la risa al llanto y de la cólera al abatimiento. Las muchachas amanecen un día cantando, eufóricas, todo es risa; pero basta con que un soplo de viento les moleste en la cara para que cambien y entonces se pasan el día llorando y se esconden para que no las vean llorar; la más insignificante observación, la mancha de un vestido, una burla del hermano menor, una palabra descompuesta del padre o de la madre, desencadenan el proceso de melancólica desesperación. Los muchachos sienten los mismos impulsos, pero son más reservados, debido a presiones producidas por la educación que reciben en el hogar. Criamos a los muchachos bajo una especie de terror ante actitudes consideradas poco varoniles. Cuando un muchacho se cae y llora, el padre lo levanta y le dice: "Levántate, el hombre puja, pero no llora". "Eso de llorar es para las mujeres". A las mujeres se les reconoce el derecho a llorar, que se ha convertido en su más poderosa arma de combate. Tienen en el llanto, además, una válvula de escape para las emociones contenidas, que, si no encontraran vías libres para la salida, conducirán a la neurosis. La muchacha recibe alivio con eso que al muchacho le es negado o se le obliga a encubrirlo, por lo menos en público, para que no

lo llamen cobarde, pero por la noche se refugia en la almohada para dar rienda suelta a la congoja, que se disipa con las lágrimas.

La soledad es amiga y confidente para las penas reales o supuestas de los adolescentes.

Ahora bien, este desmigajamiento del adolescente crea responsabilidades para el educador. El muchacho que crece no puede realizar determinadas tareas. No es apto para los récords y campeonatos en los deportes, a que algunos intentan empujarlo. El muchacho se da cuenta de sus deficiencias y si lo fuerzan a participar con desventajas en las competencias se sentirá disminuido, presa de la angustia de una segura derrota, porque a nadie le agrada ser vencido y por ello se hace a un lado con indiferencia ante las tareas que requieren gran esfuerzo. Le duelen las articulaciones, los brazos se le caen con cualquier esfuerzo. Le duelen las piernas que le funcionan con desgano; pide reposo para una fatiga que no le viene del ejercicio. El sueño es entonces el gran reparador, por ello un psicólogo francés decía que "en el adolescente todo es sueño, menos el hambre". Es una época en que los muchachos comen mucho y necesitan comer y los padres deben estar atentos a esta necesidad de alimentación y a la clase de alimentos que han de darle a los hijos para mantener ese esfuerzo de crecimiento. Un adolescente, un púber, consume ocho décimos de la alimentación de un adulto y la muchacha, más o menos siete décimos de esa misma ración. Muchos consumen más que un adulto. De la riqueza y abundancia de la alimentación depende la sanidad del crecimiento. Algunos muchachos, por el

contrario, pierden el apetito. Crecer en éstos pareciera que frenara las ganas de comer. Este fenómeno es más marcado en las muchachas que, a veces, por conservar la línea, se tornan desganadas, sin considerar los peligros que aparea la carencia de alimentación sana y nutritiva para ayudar el estirón de músculos y huesos, de las vísceras que se desarrollan a la par. La falta de alimentación puede ayudar el desarrollo de peligrosos trastornos y enfermedades, tales como la tuberculosis, tan frecuente en los adolescentes, en su forma más violenta, denominada tuberculosis galopante. Antes de los sorprendentes avances de la medicina eran las lánguidas muchachas exaltadas por los novelistas y los poetas, que iban muriendo como flores en un vaso sin saber de qué morían. José Martí, en su poema "La niña de Guatemala", presumiendo conocer la romántica enfermedad de la niña pálida que de él se enamoró, afirmaba:

*"La niña de Guatemala
dicen que murió de frío,
yo sé que murió de amor".*

Se trataba de una adolescente enamorada del maestro, que en realidad no murió de frío ni de amor, sino de tuberculosis galopante.

La pubertad, que tiene todos estos aspectos negativos, también tiene sus aspectos positivos. Es un período vital de afirmación. Juan José Arévalo, expresidente de Guatemala y ex profesor de la Universidad Central de Venezuela, en un hermoso libro titulado *La adolescencia como evasión y retorno*, señala que la pubertad es un período de evasión de las normas sociales. El niño entre los diez y los doce años está adaptado a la vida social

alegremente, satisfecho, con un sentido eufórico de la vida, pero cuando este niño se va transformando en adolescente cambia; de eufórico y contento se torna en solitario, melancólico, concentrado, que rehúye la compañía de los otros. De niño gozaba con la compañía de otros de su edad, con quienes compartía las horas de juego; ahora no goza con los amigos, prefiere la compañía singular de un amigo, de dos, a lo sumo, que le sirven de confidentes, de depositarios de la gran tragedia que está viviendo. A ese amigo o amigos escogidos les comunica, para aliviarse de la angustia que le tortura, cuánto sufre. Para ese adolescente las normas sociales son duras cadenas de tiranía; el hogar, antes plácido remanso, se le hace intolerable; los padres y los maestros son tiranos. El adolescente así lo siente y para liberarse se evade de las normas sociales, imaginativa o realmente. Es la época de las fugas del hogar, de las constantes jubilaciones de la escuela. El muchacho, que no encuentra dentro del medio escolar satisfacción para aquella inquietud que le domina, se fuga de la escuela y busca con los otros compañeros, con los amigos, con el amigo de su corazón, alivio para aquella tempestad que le está agobiando. Sin embargo, este muchacho obedece a ciertas normas que no son creadas por los mayores en el hogar o en la escuela, que no son la norma general, sino que emergen del grupo dentro del cual se mueve; de la pandilla de muchos de ellos, los cuales se reúne, con los cuales juega y dentro de los cuales hay uno que dirige y que es el líder encargado de hacer respetar las disposiciones aceptadas por todos; fija rigurosamente la hora de fugarse para ir al río, la de romper los faroles o molestar a los vecinos antipáticos, y, aun cuando

las normas del grupo pudieran ser más rígidas y tiránicas que las de la sociedad en general, los adolescentes las acatan, simplemente porque son suyas y porque con ello expresan desacuerdo y separación del mundo de los adultos.

Las pandillas de los barrios de escasa cultura suelen ser un azote y en ellos se inician los muchos muchachos en cierto tipo de actos predelictivos, que si no son vigilados atentamente pueden degenerar en la franca delincuencia. Aun en las familias cultas los muchachos se tornan desobedientes, testarudos, respondones, malcriados, es decir, se hacen detestables y a veces los padres, si no tienen la suficiente tolerancia o la suficiente comprensión, intentan imponer su voluntad a pescozones o poniendo en ridículo al muchacho frente a los demás. Si el padre está consciente de lo que está pasando por dentro de su hijo debe tener "cuero duro" para aguantar el chaparrón. Cuando llueve la gente se pone un caucho, busca un paraguas o no sale a la calle. Pues bien, ese es un momento en que llueve y el padre debe buscar un paraguas de paciencia para que no le cale aquel aguacero que le está lloviendo su hijo. Porque lo peor que puede hacer es responder en forma violenta, ya que entonces el muchacho se tornará más violento, se creará más incomprendido, que nadie le entiende y se juzgará un ser solitario y desgraciado. Las madres, que son más comprensivas, a veces le sirven como de tapa protectora al hijo y eso los salva. La naturaleza, siempre sabia, dotó a las madres de un sexto sentido, que les funciona cerca del corazón, por ello libran al muchacho de las agresiones del padre, que se producen, no por brutalidad sino por

impaciencia, porque no mira hacia atrás en su propia vida; no porque el padre no ame al hijo, sino porque lo quiere demasiado, y por ello desearía se comportara honorablemente. Pero no hay que desesperarse, porque si no actúan otras fuerzas desorientadoras que hagan torcer el rumbo de la personalidad, la racha pasará, porque el propio adolescente irá tomando cuenta de su situación, se dará cuenta de que todo va a pasar y trabaja en el sentido del cambio. Se siente descontento de su comportamiento malcriado, repugnante, acaso para atraer la atención, pero en el fondo anda buscando a una persona que lo ayude, que lo comprenda, que lo estimule, que le sirva de guía. Pareciera que en esa oportunidad el muchacho no quiere a nadie, pero está pidiendo a gritos a alguien que se le acerque, comprensivo, que lo tolere, que lo ayude con tareas que no le agoten y que pueda cumplir para sentirse útil. Cuando encuentra a ese hombre o a esa mujer en el maestro, en el abuelo, en el padre, en la madre, en un hermano mayor, en un amigo, el muchacho regresa lentamente a las normas sociales, tomado de la mano y armonizando su personalidad con el medio donde vive. El irascible, vuelto al regazo de la madre, o en conversación con el abuelo tolerante, se torna razonable y comprensivo. Los abuelos, a quienes algunos tilden de alcahuetes, porque la vida les ha enseñado demasiado, presentan serenada la impaciencia de los padres. Mi padre, por ejemplo, era severo con los hijos, pero con los nietos aquella rigidez había cambiado, para delicia de éstos. El abuelo con los años serena sus ímpetus y al acercarse a los nietos lo hace en forma más humana. Cuando el muchacho se encuentra esa

persona comprensiva se refugia en ella y aun cuando pudiera seguir evadiéndose de las normas generales, pone atención a las palabras que sin intención de coaccionarlo tienden a regularizar su comportamiento social. No es posible, como algunos piensan, que se puedan hacer cambiar las actitudes de los grupos o pandillas formados en la escuela o en sus alrededores reconviendo individualmente a sus componentes o imponiéndoles formas de conducta. Para el cambio del grupo y de sus componentes hay que actuar sobre el conjunto, ayudándolos a concebir ideales nuevos, normas de cooperación y haciéndoles variar desde dentro los principios en que se basa la actitud antisocial. En una intervención para los jóvenes en otra parte, planteaba la fijación de nuevas tareas para nuestros muchachos, para cuya culminación se requieren nuevas actitudes, nuevas formas de comportamiento que determinan, por desuso, el olvido de las anteriores prácticas. Aprovechar el grupo para cumplir con él la labor social, tarea que de alguna manera dé satisfacción al deseo de servir que alienta en todo joven, al mismo tiempo que sirven de prueba de capacidades y de camino para la conducta acertada.

El impulso del corazón

El impulso del corazón se da junto con el impulso del cuerpo. Sobre la copa del árbol que crece nace como una flor el sentimiento amoroso que, así como la floración, se alimenta con la savia que corre desde la raíz. El desenvolvimiento psicológico del muchacho y de la muchacha le sirve de soporte a ese sentimiento. Investigaciones realizadas han puesto de manifiesto que un grupo

de muchachas de once años, sin desarrollar, y de muchachas de mayor edad, desarrolladas ya, las primeras tienden al juego de muñecas y con las cosas propias de niñas, mientras que las otras quieren compañía de muchachos. Las hormonas sexuales masculinas y femeninas, segregadas por las glándulas de la reproducción, son responsables, en su mayor parte, de ese cambio.

Para los muchachos y para las muchachas, esa búsqueda del amor parece como un hallazgo maravilloso y cuando lo encuentran por primera vez creen que es amor para toda la vida, pero en la mayoría de los casos no resulta así. Son los amoríos de la adolescencia, que pasan como las nubes al primer soplo del viento.

En esta edad, las amistades tienen puesto destacado. Los amigos del corazón llenan parte de la vida afectiva del adolescente. Pero, así como el amor supuesto para toda la vida cambia, los amigos pueden también perder su puesto o desaparecer por motivos baladíes, a veces sin motivo. La cambiante psicología del adolescente se caracteriza por ese juego incesante de afirmaciones y negaciones. El que hoy es amigo inseparable puede tornarse mañana en enemigo o en persona indiferente. Por ello, muchachos y muchachas cambian de amigos con frecuencia. Es porque el amor no ha encontrado todavía un elemento de fijación; todavía es balbuciente, no se afirma como un sentimiento social dirigido a un propósito también social: la formación de un hogar, o la permanencia de relaciones que vendrán posteriormente.

Amor sin sexualidad

Hay un fenómeno de enamoramiento colectivo, que tiene por objeto a las personas encargadas de la educación de los adolescentes. Consiste ese fenómeno en una adhesión amorosa que manifiestan las alumnas de una clase por un determinado profesor y de los muchachos por una profesora. Por eso decía alguna vez: qué desgraciado el profesor del cual no se hubiesen enamorado sus alumnas, pero más desdichada aún la profesora de la cual no se hubiesen enamorado sus alumnos. Las características de este enamoramiento es que no despierta los impulsos sexuales. Es una maravillosa y sublimada inclinación en la cual el profesor es colocado por las alumnas por encima de toda otra persona y que puede conducir y conduce, por una especie de traslación, a preferir y estudiar con mayor ahínco la materia explicada por el profesor sujeto del enamoramiento. Las tareas son realizadas con cuidado, todas son puntuales; hay una sana emulación de la clase, pero lo curioso es que ese amor no despierta celos y el profesor que lo conoce o debe conocerlo, lo aprovecha como estímulo para el aprendizaje y para orientar la conducta de sus alumnas, para que colaboren mejor en las tareas de la escuela y en la obra social que ésta realiza.

Si el profesor sabe colocarse a la altura de su misión de conductor y orientador de espíritus, después de abandonar la escuela o de cambiar de profesor, las muchachas le recordarán con cariño en la pura y sublime exaltación de una personalidad que marcó huellas perdurables por el ejemplo y compostura de sus actos y por la delicadeza de sus palabras.

Los diarios escritos en la adolescencia están llenos de referencias a esta clase de amor. Román Rolland, en su notable obra *Juan Cristóbal*, lo describe con extraordinaria lucidez. En el diario de María Bradkysef, páginas enteras están destinadas a esa clase de enamoramiento del profesor. En las muchachas este sentimiento tiene formas de expresión más delicadas porque la muchacha es más tierna, más íntima: en ella el amor llega como algo esperado y que no acabará nunca. El muchacho es más brusco, sus expresiones de enamoramiento pueden ser más violentas, porque en la agresividad se opone a la pasividad de la muchacha.

El retorno

Conocéís el apólogo del hijo pródigo, que retorna al hogar arrepentido después de largo y penoso peregrinar. Esto es, ni más ni menos, lo que acontece con el adolescente que, como hemos visto en la etapa de las inquietudes pubertarias, se evade de las normas sociales y adopta una conducta de desafío al mundo que lo rodea. El adolescente hosco, terrible, el pavo engreído, que nada quiere, que nada le parece bueno, que todo le hiede, llega un momento en el cual las leyes sociales puestas de lado, las personas del hogar a quienes creyó sus enemigos, los hermanos a quienes estaba enfrentado, los amigos de la casa, comienza a verlos con un nuevo prisma de colores diferentes, con ojos distintos, detrás de los cuales no hay rencor; descubre en los otros sentimientos humanos de hermandad. Es la época del retorno, se vuelve a las normas, a una nueva vida, se regresa al hogar. El padre ya no es el tirano, sino el protector y el amigo.

Vuelto a la querencia del hogar el adolescente comprende ahora lo que antes le era incomprensible. Pero ese retorno viene acompañado de una actitud valorativa. Ahora, el adolescente es movido, no por el impulso ciego de sus instintos, sino por un racional comportamiento, en el cual están implícitos ideales y valores a los que adhiere y les pide orientaciones para su conducta. Esos ideales y valores coordinados en un todo conforman su ideología. Es la hora de las manifestaciones radicales que hizo decir a alguien que todos somos revolucionarios a los dieciocho años y conservadores a los treinta.

El generoso impulso de los jóvenes los hace radicales y se pronuncian por las soluciones más drásticas, confundiendo el ansia de justicia con la destrucción de enemigos, reales o supuestos, que, según juzgan, son opuestos a la realización del ideal. Pero revolucionario se puede ser a cualquier edad, si se conserva intacto el anhelo de justicia y el deseo de hacerlo triunfar mediante el cambio de estructuras económicas y sociales que oprimen al hombre y perpetúan la miseria y la explotación de los débiles y de los desheredados, si conservamos nuestra adhesión a los que todo lo esperan de nuestra acción y de nuestro esfuerzo para hacer cambiar su situación.

¿En qué consiste la época del retorno?, ¿qué valor tiene?, ¿qué significa?, ¿se retorna para qué? Volviendo a las palabras iniciales diremos que, habiéndose realizado un nuevo desarrollo, producto de la madurez y perfeccionamiento del organismo, el adolescente ha adquirido capacidad para nuevas tareas que antes no poseía. Pasó la época del juego: el crecimiento se ha detenido y con

ello surgen las responsabilidades del trabajo, de la profesión, las preocupaciones por constituir un hogar, las responsabilidades del ciudadano, que, con la actitud del púber ensimismado, desajustado, no podrían realizarse. Así como el muchacho que cumple dos años está capacitado para hablar, el muchacho que cumple diecisiete o dieciocho está en capacidad de encargarse de las tareas sociales que al hombre moderno le corresponden; en Venezuela es votante, puede elegir sus autoridades, entra a la Universidad o tiene un trabajo manual para ganarse la vida, ya se puede casar, tener un hogar, tareas que no se conciben mientras prevalezcan las cualidades y actitud del púber. A nuevos procesos de desarrollo corresponden también nuevas responsabilidades. Cada edad tiene las suyas, lo dijimos ya, y lo importante es que el individuo las cumpla con verdadero acatamiento a las exigencias pedidas a él por esas responsabilidades.

Los grupos y sus efectos

También dijimos que las etapas del crecimiento son etapas de socialización, que es el proceso mediante el cual la sociedad acoge en su seno y modela a los individuos de acuerdo con cuanto ésta quiere y piensa, con cuanto desea y necesita de sus miembros. Socializar es adaptar al individuo a las tareas que le corresponde realizar dentro de una sociedad, dentro de un grupo humano, independientemente de su composición. Es la forma más alta de la educación, es la realización de la integración total del hombre a su comunidad, con una tarea que él quiere o le es asignada como miembro de esa comunidad. Los

individuos que no acatan las normas de la comunidad, colocándose al margen de ella, no están socializados, son antisociales. Es el caso de los delincuentes segregados del seno de la sociedad, condenados a la cárcel o a otra forma de reclusión, en la esperanza de que pueda mejorar su conducta, porque "una manzana podrida pudre un cesto", según la popular sabiduría del refranero. La sociedad como tal no podría marchar si las normas concebidas y aceptadas no son acatadas y cumplidas por todos sus miembros. El púber encuentra opresivas esas normas, se rebela contra ellas, pero a su alrededor los controles sociales van actuando y, a medida que crece, la estimación le va abriendo caminos para recorrerlos a la hora de su madurez. El adolescente de la época del retorno, ya socializado, vuelve al redil, pero la socialización no termina allí. La socialización es un proceso que se realiza desde la cuna hasta la tumba. En cada momento de la vida el hombre debe adaptarse a nuevas tareas fijadas por la sociedad, a nuevas responsabilidades, porque la vida cambia, porque la sociedad se transforma, porque no hay ningún grupo humano estático y ese movimiento indetenible, ese crecimiento continuo en las tareas, obligan al individuo a adaptarse cada vez más. El niño se socializa para convertirse en el alumno de la escuela, para el juego con los compañeros, para cumplir las pequeñas funciones que le corresponden como niño. El adolescente va al colegio, luego al taller, está madurando para ser un ciudadano. Sus tareas son las de hijo, las de alumno, las de compañero, las de amigo y cumpliéndolas se socializa. Pareciera que en los grupos humanos donde el muchacho participa no

está realizando tarea alguna de formación. Pero no es así. Cualquier grupo humano por ínfimo que él sea realiza en sus miembros ese proceso de adaptación y son esas tareas y el grupo los instrumentos sociales de la educación. Por ello los padres deben preocuparse porque sus hijos tengan buenas capacidades. Algunos querrían que sus hijos no tuvieran compañeros, ignoran el daño que pueden causar a los hijos evitándoles la compañía de otras personas, de otros muchachos de su edad. Lo decía Andrés Eloy Blanco bellamente en su hermoso Canto a los hijos.

*"Por eso quiero hijo mío
que te des a tus hermanos,
que para su bien peleés
y nunca te estés aislado,
bruto y amado del mundo
te prefiero a solo y sabio.
A Dios que me dé tormentos
a Dios que me dé quebrantos;
pero que no me dé un hijo
de corazón solitario".*

Los adolescentes deben reunirse, sobre todo porque ellos consideran el hogar y la escuela como demasiado tiránicos y solamente en el grupo de sus compañeros encuentran suficiente libertad para actuar. Se revelan contra las normas fijadas por el padre y por el maestro, pero siguen las normas de su grupo y las obedecen. Tal es la razón por la cual los muchachos se empiezan en una forma de comportamiento fijado por su grupo. Si se recuerda lo acontecido en nuestra Universidad Central, donde un grupo de jóvenes actuaban sabiendo que

procedían mal, pero no rectificaban por no ser traidores a su grupo, se tendrá una explicación del fenómeno. Eso acontece también con los adolescentes. No quieren ser traidores a su grupo y se traicionan a sí mismos. Es decir, en ese momento no actúan como personas, actúan como miembros de un grupo. Por ser fieles a las disposiciones del grupo transgreden las normas de la comunidad o se hacen daño ellos mismos. Conozco a muchos muchachos que vienen de regreso y están arrepentidos de una forma de comportamiento, que en un momento determinado reconocieron sus errores, pero no lo decían, no actuaban como correspondía para rectificar el error reconocido para evitar la calificación de traidores, porque si tal calificativo resulta detestable para un adulto, es la mayor ofensa para un muchacho. Los muchachos quieren ser fieles al grupo donde participan. Si éste tiene una ideología, y fija una norma de comportamiento, el muchacho las sigue, a veces a regañadientes, pero las sigue. Por ello, lo aconsejable, para crear una conciencia recta de la responsabilidad en el muchacho, sería vigilar los grupos donde actúa a fin de evitar las desviaciones en su acción socializadora, creando a esos grupos finalidades de bien público, de cooperación social. Pero esa vigilancia no puede hacerse a la manera de la investigación policial, porque con ello no se logra nada. Lo recomendable es la amigable actitud de quien desea ayudar y participar en la mejor orientación y socialización de los muchachos.

Del delito no se regresa

En un libro mío, escrito hace ya varios años, titulado Psicología y Canalización del Instituto de

Lucha, me ocupo de la dinámica de los grupos o pandillas donde el instinto de lucha lleva a actuar a cada uno en el sentido de su personalidad. Los memorándolos, exasperados por su complejo de inferioridad y para librarse de éste se convierten en héroes. Dentro de los grupos se les explota esa actitud, porque ellos son los más decididos y para ganar un puesto de distinción arriesgan hasta la vida. Otras veces asumen las más difíciles tareas para vencer la desconfianza, para que se les considere como hombrecitos. En las peleas son los que “pasan la raya” o sacuden la paja puesta en el hombro de un guapetón y en los momentos actuales es el muchacho a quien le dicen: “Eres un cobarde, no eres capaz de poner una bomba en la puerta del liceo”; o “tienes miedo de echarte al pico un policía”. “Los cobardes no pueden formar parte de nuestro grupo”. Y para eludir el calificativo de cobarde, por seguir las normas del grupo, pone la bomba, mata al policía, así como en los grupos infantiles tiraba piedras a los faroles o rompía los cristales de las ventanas de los vecinos. La bomba puede estallar en las manos del muchacho produciéndole la muerte o el asesinato del policía puede conducirlo a presidio, como ha acontecido varias veces, creando esa aureola roja puesta sobre la cabeza de los muchachos que, por librarse de su complejo de inferioridad, de su situación de menorválidos, toman el camino del heroísmo criminoso.

Todos conocen la historia de “Los Aguiluchos”, el grupo de muchachos que tomaron un avión para repartir propaganda subversiva sobre Caracas, estimulados por adultos, que en ese acto pretendían disponer la población para un

asalto al poder. Se valieron de los muchachos, acaso estimulando el espíritu de emulación, de aventura, tan vivo en los adolescentes, poniendo como estímulo las normas del grupo. Esos muchachos, bajados a tierra en Curazao, de héroes pasaron a ser delincuentes que pusieron en peligro la vida de varias personas, hecho por el cual fueron llevados a la cárcel. Todos fueron víctimas de un grupo, cuyos valores morales en lugar de estimular la acción elevada de los jóvenes, a fin de que cumplan tareas sociales que pongan de manifiesto el comportamiento honesto, más bien conducen a los muchachos por la senda del delito, y del delito no se regresa, aun cuando la persona deje de cometerlos o desista de la actitud delictiva. Quien una vez se manchó las manos con sangre, o robó un banco, lleva por dentro la procesión, lo que los psicoanalistas denominan el “complejo de culpa”. Acaso no volverá a robar, arrepentido de una mala acción y se torne en persona honorable, capaz de dar su vida para salvar el dinero o la vida de un ser humano. Está arrepentido, pero esa misma forma de comportamiento, ese querer demostrar a la sociedad que él no es el mismo, le cambia por completo la personalidad, ya no es el mismo, no podría serlo. Del delito no se regresa, porque el remordimiento, denominado por los penalistas “la conciencia criminosa”, no se lo permitiría. Por ello es necesario evitar a los jóvenes la oportunidad de mancharse las manos con el delito porque, aunque se las lave, la mancha se va hacia dentro, hacia el fondo de la conciencia y perturbará toda una vida, así como la “Lanza en el muro”, de que habla Rómulo Gallegos, en Doña Bárbara, era permanente recuerdo para el padre y para toda la

familia del hijo asesinado. Conocí a un hombre que cometió un asesinato en defensa propia. Fue condenado a presidio en el Castillo de Puerto Cabello, donde cumplió quince años de reclusión. Cuando regresó a su casa encontró a su madre anciana, vencida por la pena de tener al hijo preso y aquel hombre, una persona buena, después del regreso se dedicó a practicar los oficios aprendidos en el presidio, pero no volvió a tomarse un trago, salía de la casa de la madre a la casa de su mujer. El crimen cometido, no obstante que fue en defensa propia, le había cortado las alas. A veces, mientras trabajaba, se llevaba las manos a los ojos. La figura de un hombre retorciéndose en un charco de sangre atormentaba su conciencia. Conozco a otro hombre, trabajador insigne y persona excelente, quien en un día martes desafortunado, dio muerte a un hombre que le ofendió su honor. Cumplió ocho años de presidio y a pesar de que ha hecho fortuna no vive tranquilo. Todos los martes se encierra en su casa, porque el recuerdo del día nefasto del homicidio no le abandonó nunca. Es decir, del crimen no se regresa. Por ello, debemos evitar a los muchachos cometer hechos de los cuales tengan que arrepentirse avergonzados, lavándose las manos cuando la sangre ya no está en ellas, porque la mancha se fue hasta la conciencia y allí el agua y el jabón no pueden penetrar. El gesto de Pilatos es un símbolo psicoanalítico. Nos enseña que, para no tener arrepentimientos, preferible es evitar caer en las redes del delito.

Educación para la responsabilidad social

Alguna vez dije, para señalar los límites permitidos de la actividad social, que "el

adolescente se da cuenta de que su libertad tiene un límite, que existen ligaduras que le atan a su tiempo, a su país, a una profesión"; pero entre estos lazos hay algunos que aumentan sus fuerzas por el movimiento de solidaridad y otros que le esclavizan el pensamiento y le anulan la acción. El tacto de toda educación estaría en favorecer aquellos primeros lazos y en ayudarle a romper estos últimos. En esta forma el joven se crea un medio de existencia. "Entre la autonomía ideal y el automatismo condicionado pasa el camino de la libertad humana", dice Debesse. Este mismo expresa que la educación en la época del entusiasmo juvenil debe estar basada en tres principios asociados:

a) Utilizar la influencia que los valores ejercen sobre el adolescente para darle una sólida cultura;

b) Apoyarse sobre el movimiento de exaltación que los eleva por encima de ellos mismos, y

c) Ejercitar su inteligencia y su voluntad a fin de que ellos adquieran la lucidez y el dominio necesarios.

La exaltación de la personalidad, de que ya hemos hablado en esta etapa adolescente, toma cauces en el deseo de mostrar ante los demás la capacidad de esfuerzo, la validez de las fuerzas de que dispone para producir algo útil, para hacerse reconocer como una personalidad, que en la profesión o en el oficio encuentran un punto de aplicación. Luego será la preocupación por la formación de un hogar. El crecimiento ha terminado entre los veinte y veintidós años. Las

funciones del educador han tenido también fin. Lo demás lo hará la vida. Entonces, es la oportunidad de probar el valor de la educación suministrada por la escuela. En este momento pañuelos blancos se agitarán en las manos amigas para presenciar la elevación de las anclas, y señalarán la hora de un largo viaje donde el joven educado es conductor de sí mismo.

IV

MANOS LIMPIAS Y CONCIENCIA LIMPIA

Conferencia dictada en Maracaibo, el 17 de abril de 1967, en la sede del Movimiento Universitario Democrático (M.U.D.)

Para mí es satisfactorio encontrarme frente a este grupo de muchachos que representan el Movimiento Democrático de la Juventud de este Estado Zulia. Y no es simplemente por decir una palabra de halago. Estoy acostumbrado a moverme entre los muchachos porque ello forma parte de mi profesión. Durante más de 40 años he estado frente a las aulas y no desperdicio ninguna oportunidad que se presente para ponerme en contacto con la gente joven.

Acaso lo hago por un poco de egoísmo, acaso por un poco de vanidad personal, no obstante que no soy ni un egoísta ni un vanidoso, pero en contacto con la juventud siento que algo de lo que ellos piensan, de lo que ellos sienten, de lo que ellos quieren, me transfiere su aliento vital. Alguien podría decir que ese comportamiento es una forma de inmadurez o actitud de persona que se deja influir por el hálito que viene de la masa innominada que está creciendo en el país. No hay nada de eso. He sostenido que la única manera de ser maestro, de sentirse conductor, es representando los intereses de la gente a quienes servimos, de aquellos a quienes conducimos. La única manera de enseñar es manteniendo una constante actitud de aprendizaje. No enseña sino quien es capaz de aprender y siempre se aprende de

los otros. Hay un proverbio latino que traducido a la letra dice: "el maestro tiene mucho que aprender del discípulo". ¡Cuántas cosas he aprendido de los jóvenes! De ellos he aprendido más que de los libros. De la gente que ha estado junto a mí para oír lecciones, he aprendido a veces más de lo que he enseñado. Dirá alguien: ¿cómo se puede aprender de quien no sabe?, ¿cómo puede enseñar aquel que está aprendiendo? Allí está precisamente el secreto de esta intercomunicación humana. De este comunicarse de corazón a corazón, de cabeza a cabeza, de idea a idea. De este fluir de pensamiento que es la corriente que relaciona a los unos y a los otros. Así todos somos maestros y aprendices al mismo tiempo. Todos aprendemos de todos, pero enseñando al mismo tiempo. Todos aprendemos de todos, si estamos dispuestos, si estamos sensibilizados para recibir de los demás lo que son capaces de darnos. Pero eso de aprender a ser joven cuando ya no se tiene la edad de la adolescencia, es un aprendizaje difícil que muy poca gente practica y que muchos no saben lo que significa, bien porque nacieron viejos o porque envejecieron antes de tiempo. Le debo a los jóvenes la formulación de un conjunto de pensamientos crecidos a su vera para conducir sus inquietudes y para orientar su comportamiento. Pero hay algo que a mí me halaga más y es el hecho de que los jóvenes pueden venir a mí, seguros de no encontrar dobleces, ni posiciones contradictorias, porque siempre estoy en actitud de decirles lo que siento y lo que pienso, lo que puede desanimarles momentáneamente o hacerles rabiar o patalear, porque no satisfago intereses personales ni halago vanidades, porque me interesa más el camino recto que conduce a un pensamiento

también recto, sin trastienda, que la vereda, acaso más fácil de transitar, pero de insegura llegada a la meta de rectitud, que quiero sea vía clara para la juventud. Me halaga que los jóvenes vengan hacia mí sin compromiso, que vengan no a buscar, sino a dar; cuando vienen con la ingenuidad propia de sus años y encuentran resonancia de lo que piensan y de lo que quieren. Tal hecho me satisface, porque no hay nada más placentero que recibir reconocimiento, en esta forma de identificación de la gente joven, porque muchas veces la gente de nuestra generación, o los más viejos que nosotros, o la gente adulta, si están cerca de nosotros, pueden tener intereses que se tocan con los nuestros y cuando nos solicitan pudiera ser para defender esos intereses. Los de ustedes no pueden estar tan ligados con los intereses de una generación que ha sobrepasado ya los límites de la juventud. Pero hay todavía algo que me llega más hondo, y es que ustedes puedan verme siempre un pensamiento limpio y manos limpias. Pero quiero advertirles: mi compromiso con la juventud es uno solo, tiene un solo alcance, el de no defraudar nunca la esperanza y la fe que hayan puesto en mí. Es el de no cometer ninguna acción que pudiera significar el extravío de su confianza prometer el futuro de una generación que está formándose en el país que habrá de tomar en sus manos el destino futuro de la nación, no comprometerla con actitudes torcidas, con la promesa falaz, y sobre todo decirles sin alardes que en un país como éste la única cosa valedera, lo único que tiene permanencia, que significa algo para el porvenir, es mantener la cabeza erguida y las manos limpias. (Aplausos).

Pero no les diría que mantengan la cabeza erguida, así como los animales a quienes se les colocan una pértiga para que la levanten hacia el cielo, ni les pido que conserven las manos limpias, porque se las han lavado como Poncio Pilatos para no asumir responsabilidades. A quien se le obliga a ver para arriba, la luz demasiado brillante del sol, puede cegarlo porque no está preparado para ver la claridad y los que se lavan las manos como Poncio Pilatos, renunciando a la responsabilidad de los actos en que han intervenido, llevan por dentro la mancha de su propia culpa. La mancha no se queda en las manos, la mancha se va hacia adentro, hacia la conciencia, por eso las manos limpias deben coincidir con una conciencia limpia. Esa es mi recomendación, para hoy y para mañana, para siempre. Si el acercamiento de ustedes, amigos, corresponde a esas ideas, tengo que sentirme orgulloso. Si ustedes me aceptan porque reconocen en mí a un hombre de manos limpias y de conciencia limpia, me siento feliz y les agradezco este reconocimiento. Pero no basta tener las manos limpias y la conciencia también limpia. Hay gente que se vanagloria de no haberle hecho nunca mal a nadie o de no haberse equivocado nunca, y cuando se le pregunta cuánto bien han realizado, qué cosa de provecho social cumplen, responden: yo no he hecho mal, pero tampoco he hecho bien a nadie. Igualmente afirmarán: no he podido equivocarme, porque no he tenido nunca oportunidad de actuar. Por ello, jóvenes, equívóquense persiguiendo la justicia, que su juicio decida entre el mal que sufren unos pocos por alcanzar la felicidad y el bien de las grandes mayorías. Que el miedo a equivocarse no les paralice el generoso impulso. Puede acontecer y

acontece que el bien procurado para todos o para la mayoría redunde en perjuicio de unos pocos y puede acontecer también que cuando actúen denodadamente, fervorosamente, con voluntad para realizar obra de bien, obra de beneficio colectivo, se equivoquen. Lo importante no es acertar siempre. Por algo se dice que el errar es propio de humanos. Lo impropio de humanos es que, una vez conocido el error, se persista en él. Entonces deben tener la valentía de rectificar, la energía suficiente para reconocer el error. En eso consiste la hombría de bien. La conciencia limpia y las manos limpias no se dan en las personas que no han hecho nada para no ensuciárselas, ni en aquellos que no han realizado cosa alguna de beneficio que les pueda algún día remorder en la conciencia. Sarmiento, a quien ustedes conocen porque es uno de los maestros de este continente, decía alguna vez para estimular el trabajo denodado de la gente que construía la Argentina: "Hacer las cosas, malas, pero hacerlas". Explicaba su aserto con ardorosa fe en el porvenir así: "Lo que está al principio es imperfecto mirado desde más adelante, cuando aquellas ideas han pasado al sentido común y nuevos escritores más bien preparados han dejado atrás a los que no hicieron más que trazar el camino". Y nuestro Libertador en una carta dirigida al Mariscal de Ayacucho, en 1823, le decía: "Las cosas para hacerlas bien, es preciso hacerlas dos veces: es decir, que la primera enseña la segunda". Esto significa que, sin el conocimiento de la psicología moderna, ya el Libertador aconsejaba la práctica del ensayo y del error. El ensayo puede conducir a un error, que debe rectificarse inmediatamente para acertar,

como quien rectifica el tiro impreciso sobre el blanco. Pero Sarmiento decía más. En un momento extraordinario de su vida, interpelado como Ministro de Gobierno en Buenos Aires, por sus opositores en la Cámara, mostrando un vaso de agua cristalina que tenía en las manos expresó: 'Esos señores (la oposición interpelante) son tan puros como el agua que contiene este cristal; por la sencilla razón de que no han servido para nada. A los hombres que han vivido al sol de la Revolución y en las polvaredas de las luchas políticas, de la lucha y del destierro es a los que se viene a decir: 'nosotros estamos puros'. Un poco de polvo en los vestidos y alguna vez las manos un poco sucias, he aquí lo que pueden echarnos en cara, pero se las lava uno para volver a principiar de nuevo.' Sarmiento podía hablar así porque no llevaba manchas en la conciencia. Sus servicios prestados a la República, le obligaron a actuar y a equivocarse para que sus oponentes pudieran disfrutar de la libertad de combatirlo. Esas palabras de Sarmiento son toda una lección para enseñarnos cómo pueden comportarse, cómo deben comportarse los hombres que tienen alguna necesidad de intervenir en el país, cómo es necesario a veces deponer intereses que nos son muy caros para hacer el camino del bienestar de la República.

Jóvenes estudiantes: ustedes tienen un compromiso muy grande con esta nación, lo tienen extraordinario con esta tierra zuliana donde estudian y trabajan. Venezuela es un país que crece en forma acelerada, es un país que requiere energía y trabajo y constancia y voluntad para que ese crecimiento no se detenga. La función que tienen ahora es una función de preparación para

intervenir mejor en la vida del país. Ustedes serán los futuros conductores de esta nación, a ustedes les corresponderá tomar en sus manos, a la hora y punto de actuar, la bandera de desarrollo, del crecimiento económico y social. Pero no se olviden nunca de que el crecimiento y el desarrollo de un país no se pueden hacer para beneficiar a un corto grupo de egoístas; recuerden que nos beneficiamos del desarrollo nacional en la medida en que éste alcanza a todos y nos alcanza como parte de ese pueblo. El desarrollo de un país es patrimonio de la nación, el desarrollo de un país, el desarrollo de su riqueza, debe servir para mejorar la condición humana del pueblo que ha vivido esperando. Así pienso que deben actuar los jóvenes en el futuro, porque los hombres que estamos haciendo la Venezuela actual, hemos obrado sin pensar en el propio beneficio. Teníamos y tenemos plena conciencia de que haciendo la libertad para los demás nos liberaremos nosotros mismos; que haciendo el desarrollo para los demás nos alcanza parte de ese desarrollo, porque somos también pueblo y parte de ese pueblo y porque tenemos conciencia de que no hay forma de conducir un país sino cuando los conductores ponen a contribución sus ideas con los sentimientos, con las aspiraciones, con los deseos vivos del pueblo. Nadie puede conducir si no vibra con las ideas de su tiempo y con las ideas de su pueblo. Sólo le pido a ustedes que piensen como piensa la nación, que sientan como siente la nación, que quieran lo que quiere la nación y así serán conductores esclarecidos de este pueblo.

EL ETERNO RETORNO

Palabras dichas en la Casa Estudiantil "Luis B. Prieto F.", de Maracay

Es en verdad emocionante este acto, realizado por la juventud, para inaugurar una residencia abierta para dar alojamiento a los estudiantes universitarios de esta región, y acoger en su seno la preocupación de aquellos que se acercan para compartir el propósito general de solidaridad de estudio y de progreso que anima a los hombres y a las mujeres jóvenes. Pero para mí, además, tiene una significación extraordinaria: la residencia lleva mi nombre, y esto de ponerle mi nombre a una residencia estudiantil, no solamente es compromiso para mí, sino también para los estudiantes. Yo soy un hombre discutido. Un hombre con una vida definida, que a lo largo de los años de trabajo en Venezuela he tenido que enfrentarme a muchas injusticias y combatir denodadamente contra las ideas regresivas que quisieron arrinconar a nuestro país y llevarlo hacia atrás. Esta manera de ser, esta forma de comportamiento, tengo la satisfacción de decir que ha puesto alrededor mío a la juventud de todo el país. Esto acontece porque no solamente el combate por un ideal entusiasmo a la juventud, sino además la lealtad al pensamiento y a los principios a los cuales he sido fiel durante toda mi vida. Por eso el nombre mío a las puertas de una residencia compromete a los jóvenes por los que yo he defendido y me compromete a mí con los jóvenes a no variar mi forma de comportamiento frente a los problemas de Venezuela, mi forma de comportamiento frente a lo que hay que combatir

en este país para hacerlo cada día más grande, para elevar la dignidad humana, para crear una conciencia esclarecida del ciudadano venezolano entregado íntegramente a laborar por los humildes, a laborar por los que han necesitado siempre de la ayuda sin encontrarla, a veces, en ninguna parte.

Jóvenes estudiantes, yo no diré como el poeta en forma pesimista: "Juventud, divino tesoro, te vas para no volver", porque para mí, la juventud vuelve siempre que se realiza lo que pensamos. La juventud vuelve siempre que el pensamiento sostenido por uno puede ser tremolado en las manos de un joven ambicioso que vea el porvenir y quiera realizar ese pensamiento y quiere identificarse con él. Para mí, la juventud es eterno retorno, retorno a la posibilidad de crear cosas nuevas. Solamente envejecen los que ven hacia atrás. El que vive viendo hacia adelante, el que vive viendo hacia el porvenir, para él, la juventud es siempre un tesoro permanente, y con ustedes yo me siento revivir en el pensamiento y en la acción.

VI

SANGRE SOBRE LAS PIEDRAS

Ayer nos sorprendió la noticia de la trágica muerte del profesor Luis Cañizales Verde, un educador entero y firme, cuya labor organizativa y orientadora en un Liceo recién creado en la barriada "El 23 de Enero" debe servir de estímulo para las instituciones educativas del país.

Luis Cañizales Verde vivía para su Liceo y en un año de labor, en las condiciones menos adecuadas para realizar una tarea educativa creó ambiente propicio para que creciera, en medio de la hostilidad, en medio del desconcierto, frente a inquina y desorientación, una obra de singulares contornos que padres y educadores, reunidos en asamblea multitudinaria hace pocos días, reconocieron como ejemplar.

Había puesto todo su celo de educador en hacer una escuela que fuese hogar para los adolescentes y preadolescentes que buscaron orientación y se dedicó a encauzar las inquietas preocupaciones, el fogoso ímpetu, el desconcierto que aflora en el espíritu en tránsito de cambio de los que están apenas en el primer peldaño levantado entre la niñez y la juventud. Fue un educador y en ello está sobreentendido que era también un hombre, transido de las angustias de nuestro pueblo, con hogar limpio y conciencia limpia, con el puro y elevado corazón puesto al servicio de todos, sin rencores y sin odios, sin mezquinos apetitos, hecho para la buena obra que realizaba sin pedir más que una oportunidad para

servir a su país y a las nuevas generaciones que se formaban a su vera.

Pero en medio de la obra llovieron sobre él piedras y lodo para ensuciarle la limpia reputación y el rencor acumulado en un estado social de desajuste se cebó sobre él y quiso destruir su clara y prometedora labor educativa. La vil calumnia, los odios azuzados, el pasquín irresponsable, la tergiversación interesada buscaban herirle en su reputación sin alcanzarlo, porque para llegar hasta la altura de su obra eran necesarias manos limpias, conciencias claras e intenciones elevadas. Su muerte pone sangre sobre las piedras arrojadas sobre su vida y salpica las conciencias de quienes promueven un estado de barbarie y de desasosiego que está poniendo en peligro el claro refugio de la educación popular venezolana.

Morir es leve carga cuando se tiene tranquila la conciencia. Matar es un rito de odio que florece de espinas las conciencias y pesa como un fardo de ignominia sobre quienes promueven el delito o conducen a la muerte a seres inocentes.

La muerte de Luis Cañizales Verde, con todo lo que tiene de doloroso es una admonición para los educadores, para los padres y para todos los que de alguna manera intervienen en la dirección espiritual del pueblo venezolano. Los educadores han de serlo en la integridad de un ministerio que no admite reposo, conduciendo a los jóvenes, enseñándoles con el ejemplo vivo el respeto a los hombres y a las instituciones, sembrándoles en las conciencias la responsabilidad que conduce al pleno disfrute de la libertad del ciudadano, impidiendo los desbordes irresponsables que una

edad de desajustes biológicos y psicológicos promueven y utilizando las organizaciones estudiantiles como un medio puesto al servicio de la obra educativa, bajo la responsabilidad de los maestros, para enseñar las prácticas civilizadas que apareja la vida ciudadana, sin permitir que en ellas penetre la demagogia interesada ni el insano propósito de utilizar a los adolescentes como brigadas de choque en la contienda política.

Es admonición para los padres, porque la responsabilidad de la educación no corre sólo a cargo de los establecimientos educativos, sino que es también función de los hogares, en los cuales se cultiva el respeto y el amor por los valores de la vida y del honor de los ciudadanos y alcanza a todos los hombres y mujeres que intervienen en la vida pública y privada de la nación, porque los ejemplos que promueven son proyectados en el alma de los niños y de los adolescentes, que son también productos de una época y de una sociedad.

En las épocas difíciles, cuando hay desajustes sociales, cuando crecen mareas de odio en los tumultos instigados para buscar reivindicaciones o para negar méritos auténticos, cuando en medio de la desorientación la juventud corre el riesgo de extraviarse en el camino, cuando por encima de los valores humanos se coloca el puro beneficio personal personales o los éxitos de grupos, cuando todo es negación y la historia se quiere hacer entre el forcejeo de los más audaces, pero más irresponsables, para colocarse en puesto de preeminencia, cuando flaquean los valores morales de una sociedad y buscan encumbrarse los aventureros, entonces la labor del educador debe ser más constante, más heroica, más devota.

Entonces se requiere asumir la responsabilidad de orientar y conducir al pueblo, desempeñando un liderato, entre otros muchos, para señalar el rumbo claro que habrá de conducir a un estado de sosiego, de paz, de comprensión humana que es objetivo fundamental de la educación.

Los maestros no pueden eludir su responsabilidad en esta hora ni mostrarse remisos en la obra de exaltación de los más altos valores de la personalidad y de canalización de los bajos instintos y de la carga o energía que sin orientación corre el riesgo de perderse en el bochinche y la vanagloria, cuando el joven no encuentra a tiempo un timonel seguro que le guíe.

Los educadores venezolanos, tras un largo batallar, hemos logrado escuelas para todos los niños en edad propia de recibir educación primaria, hemos cuadruplicado el cupo de los establecimientos de educación media, hemos triplicado los puestos de la enseñanza superior. Ese es el producto de un trabajo que no podía culminar sino en horas de ascenso democrático, que pone al frente de los destinos de la República a hombres compenetrados con las aspiraciones del pueblo, que son también los más íntimos anhelos de los maestros populares de Venezuela. Pero, el número de nuestras escuelas en constante crecimiento nos crea mayores responsabilidades, porque no basta una escuela abierta para que en ella el pueblo reciba educación, sino que se precisa que dentro de esa escuela haya un maestro responsablemente compenetrado de los fines y propósitos que la nación venezolana ha concebido al crear las escuelas y nombrar a los maestros. Más y mejores escuelas requieren más y mejores maestros. Es

hora de que, frente a las piedras salpicadas con la sangre de Luis Cañizales Verde, maestro venezolano, los educadores reflexionemos sobre las responsabilidades que nos ha confiado nuestro pueblo al entregarnos a sus hijos para que les formemos las conciencias y les hagamos ciudadanos. Si no estamos dispuestos a cumplir esa tarea con elección y dignidad, con clara responsabilidad de nuestra obra, deslastrado el espíritu de bastardías y mezquindades, para que en el puro corazón el amor a los niños, el amor a los hombres, el amor a la humanidad, que es de la esencia de la misión educativa se expresen en nuestros propósitos y orienten definitivamente la formación del pueblo venezolano, renunciemos a esa honrosa tarea, valientemente.

Luis Cañizales Verde ha muerto. Sobre su tumba, más que lágrimas y sollozos, debemos depositar la ofrenda viva de nuestros anhelos de formar, unos todos los educadores, a una juventud que puede llevar con orgullo la nacionalidad venezolana, porque se ha hecho digna en el ejemplo de sus maestros y en el respeto a los valores morales de una patria que nos cuesta sacrificios y que es el patrimonio que nos legaron generaciones de hombres dignos que supieron luchar y morir por ella.

Luis Cañizales Verde, idescansa en paz!
Sobre tu fosa velará la conciencia de tu pueblo que pide a los maestros responsables actitud y elevado espíritu de concordia y de paz.

(El Nacional, 18-11-1960)

Contenido

Justificación del título	3
Introducción	5
Quiénes son jóvenes.....	8
Equilibrio en los cambios	11
Cambio y libertad	14
Ritmo en el progreso	15
IDEALES Y DEBERES JUVENILES.....	23
Juventud y responsabilidad social	23
Ideales y deberes juveniles	25
Justa ambición juvenil.....	26
La fe en sí mismo	29
Especialización y cultura general.....	32
Trabajo y deporte.....	33
Una juventud que trabaja por Venezuela	36
Una juventud que trabaja por Venezuela	37
Una generación de carbón.....	39
LA LUCHA, INSTINTO FUNDAMENTAL	41
Prólogo de la Segunda Edición del Libro Psicología y Canalización del Instituto de Lucha, número 101 de la Biblioteca Popular del Ministerio de Educación.....	41
II	60
LA BANDERA LIMPIA Y EN ALTO.....	60
Palabras pronunciadas en el acto de graduación de las "Promociones Luis Beltrán Prieto Figueroa, Miguel Otero Silva y Fernández Morán", en Anaco, julio de 1964.....	60
Nombres y Promociones	60
La responsabilidad de los graduados.....	63
Los apaciguadores del odio	64
Nada más que nuestro.	67
Palabras pronunciadas el 8 de agosto de 1964, en Valle de la Pascua, en ocasión de la entrega de títulos a la "Promoción de Maestros Normalistas Doctor Raúl Leoni"	71
El magisterio de Rómulo Gallegos	71
El maestro del Liceo Caracas.....	71
La lectura de La Coronela.....	74
El sentido pedagógico de Doña Bárbara	76
"La estrella en la mira"	81
El llamado de la tierra para la obra creadora	83
ANDRÉS ELOY BLANCO, EJEMPLO PARA LA JUVENTUD 86 Publicado en el número 4 de la Revista Giraluna del Liceo Andrés Eloy Blanco, de Caracas, el 4 de mayo de 1960	86

SALUDO A UN GRUPO DE JOVENES NORTEAMERICANOS	89
Palabras pronunciadas el día 8 de agosto de 1965, con ocasión de la visita al Congreso Nacional de un grupo de jóvenes norteamericanos "Operación Amigo II"	89
III	92
LAS TAREAS DE LA ADOLESCENCIA	92
Conferencia dictada en Maracay, el 10 de mayo de 1963	92
El impulso del cuerpo	95
La soledad es amiga y confidente para las penas reales o supuestas de los adolescentes	100
El impulso del corazón	105
Amor sin sexualidad	106
El retorno	108
Los grupos y sus efectos	110
Del delito no se regresa	113
Educación para la responsabilidad social	116
IV	119
MANOS LIMPIAS Y CONCIENCIA LIMPIA	119
Conferencia dictada en Maracaibo, el 17 de abril de 1967, en la sede del Movimiento Universitario Democrático (M.U.D.)	119
EL ETERNO RETORNO	127
Palabras dichas en la Casa Estudiantil "Luis B. Prieto F.", de Maracay	127
VI	129
SANGRE SOBRE LAS PIEDRAS	129

Originalmente publicado en forma física por:
Gerencia de Servicios Generales
División de Planta Física del INCES,
marzo 2002
digitalizado sin fines de lucro por Carlos García
en mayo 2026